

Nueva etapa
León Trotsky
Agosto de 1921

(Texto publicado por el Tercer Congreso de la Internacional Comunista. Vuelto a publicar en ruso y en francés dentro de la selección *Los cinco primeros años de la Internacional Comunista*)

Índice:

<i>A modo de prefacio</i>	2
<i>La situación mundial</i>	3
La burguesía se tranquiliza	4
¿Se ha reconstruido el equilibrio mundial?	6
Decadencia Económica de Europa expresada en cifras	7
El florecimiento económico de América	13
Los otros países. La crisis.....	14
Boom y crisis	16
El boom de postguerra.....	17
La crisis actual	18
Crisis, boom y revolución.....	19
Agudeza de las contradicciones sociales	20
Los campesinos.....	20
Una nueva clase media	21
Las relaciones internacionales	21
La clase obrera después de la guerra.....	24
Perspectivas y tareas inmediatas.....	25
<i>Una escuela de estrategia revolucionaria</i>	28
Las premisas materiales de la revolución.....	28
Los problemas de la táctica revolucionaria	29
Una escuela de estrategia revolucionaria	32
Las tendencias centristas en el socialismo italiano	34
El comunismo italiano. Sus dificultades y tareas	36
Los temores y sospechas de los extremistas de izquierda	38
Los acontecimientos de marzo en Alemania	39
La estrategia de la contrarrevolución alemana y los aventureros de izquierda	41
Las tendencias aventureras y... la Cuarta Internacional	42
Los errores de las izquierdas y la experiencia rusa.....	44
Motivos de la fuerza y debilidad del Partido Comunista Francés	45
El comunismo y el sindicalismo en Francia	48
Sin tendencias de derecha, una sólida preparación para la conquista del poder	50

*A modo de prefacio*¹

Este libro está consagrado a la nueva etapa del desarrollo de la revolución proletaria internacional. Como jalones que determinan esta nueva etapa se pueden considerar: la falta de éxito de la marcha del Ejército Rojo sobre Varsovia (agosto de 1920), la debacle del potente movimiento revolucionario italiano, en septiembre de 1920, y la acción de los obreros alemanes en el mes de marzo del presente año.

El Tercer Congreso de la Internacional ha ofrecido una crítica económica y política del período que acaba de comenzar y ha educido de esta crítica todas las conclusiones tácticas necesarias.²

En la primera parte de este libro (*La situación mundial*) el autor trata de ofrecer una caracterización general de la situación mundial, tal como ésta era a mediados de 1921. El informe del autor al congreso se basa en esta caracterización.

La segunda parte (*Una escuela de estrategia revolucionaria*) contiene las enseñanzas tácticas que se pueden extraer del congreso al mismo tiempo que la táctica general de sus trabajos.

La obra entera está compuesta por dos discursos pronunciados por el autor en dos reuniones de los miembros de la organización de Moscú de nuestro partido, reuniones celebradas justo antes del congreso e inmediatamente después de él. Para la primera parte de mi libro no me he servido de las actas taquigráficas de mi discurso en el congreso (en él estaba obligado a tomar la palabra en alemán, lo que, ¡desgracia!, dio a mi alocución un carácter simplificado, a menudo “aproximativo”) sino de mi informe ruso sobre el mismo tema, informe que precedió al congreso. Les ruego a los camaradas que deseen conocer mi informe en el congreso que utilicen el texto de la presente obra como más preciso.

He revisado los dos discursos que forman parte de este libro, lo más cuidadosamente que me lo han permitido mis ratos libres. Ruego encarecidamente a mis lectores que recuerden que no tienen delante de ellos un libro en el sentido propio de la palabra, es decir una exposición sistemática de un pensamiento fundamental, sino solamente el texto taquigráfico, y revisado por el autor, de dos discursos. Es evidente que no busco con esto escapar a la responsabilidad de las ideas desarrolladas en esta obra; simplemente ruego un poco de indulgencia por la forma de mi exposición.

L. Trotsky

Post scriptum. Los teóricos de la socialdemocracia, y con una loable insistencia, me cuentan entre los comunistas de “izquierda”. Nuestros amigos de izquierda que pertenecen a la Internacional Comunista parece ser que casi como a un centrista disfrazado. Me permito extraer de estas dos opiniones un consuelo táctico.

Moscú, 19 de agosto de 1921

¹ Tomado de: *A modo de prefacio (para Nueva Etapa)*. NdE.

² Ver materiales del Tercer Congreso en estas EIS en *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista, volumen 2*. NdE.

*La situación mundial*³

Junio de 1921

¡Camaradas! El problema a que consagro mi informe es muy complejo; temo que mi discurso no lo abarque. Me veo obligado a pedirles que le presten verdadera atención, pues no estoy seguro de haber acertado al reunir los datos conseguidos de tal forma que mi informe requiera el menor esfuerzo por parte de mis oyentes. Es decir, que no estoy seguro tampoco, de poder expresar mis ideas sobre la situación internacional con el orden y la claridad necesarios.

Después de la guerra imperialista, entramos en un período revolucionario, o sea en un período durante el cual las bases del equilibrio capitalista se quiebran y caen. El equilibrio capitalista es un fenómeno complicado; el régimen capitalista construye ese equilibrio, lo rompe, lo reconstruye y lo rompe otra vez, ensanchando, de paso, los límites de su dominio. En la esfera económica, estas constantes rupturas y restauraciones del equilibrio toman la forma de crisis y booms. En la esfera de las relaciones entre clases, la ruptura del equilibrio consiste en huelgas, en *lock-outs*, en lucha revolucionaria. En la esfera de las relaciones entre estados, la ruptura del equilibrio es la guerra, o bien, más solapadamente, la guerra de las tarifas aduaneras, la guerra económica o bloqueo. El capitalismo posee entonces un equilibrio dinámico, el cual está siempre en proceso de ruptura o restauración. Al mismo tiempo, semejante equilibrio posee gran fuerza de resistencia; la prueba mejor que tenemos de ella es que aún existe el mundo capitalista.

La última guerra imperialista constituyó el acontecimiento que, acertadamente, consideramos como un golpe terrible, sin precedente histórico, asestado al equilibrio del mundo capitalista. Es así que, después de la guerra, comienza la época de los grandes movimientos de masas y de las luchas revolucionarias. Rusia, el más débil de los eslabones que formaban la cadena capitalista, fue quien primero perdió su equilibrio, y también quien antes ingresó en la vía revolucionaria (marzo de 1917). Nuestra revolución de febrero tuvo resonancias enormes en las masas trabajadoras de Inglaterra. El año 1917 fue, en Inglaterra, el de las inmensas huelgas por medio de las cuales el proletariado inglés logró frenar el proceso de caída de las condiciones de vida entre las masas trabajadoras provocado por la guerra. En octubre de 1917, la clase obrera de Rusia se tomó el poder. Una ola de huelgas recorrió el mundo capitalista, empezando por los países neutrales. En otoño de 1918, Japón soportó los grandes desórdenes llamados “del arroz”, que según datos, arrastraron al movimiento hasta un 25 por ciento de la población del país, y provocaron crueles persecuciones por parte del Gobierno del Mikado. En enero de 1918, estalló en Alemania una importante huelga. Al final de 1918, después del debate del militarismo germánico, estallaron revoluciones en Alemania y Austria-Hungría. El movimiento revolucionario continúa expandiéndose. El año 1919 es el más crítico para el capitalismo, sobre todo para el de Europa. En marzo de 1919 se proclama en Hungría la República Soviética. En enero y marzo de 1919, obreros revolucionarios sostienen terribles combates contra la república burguesa en Alemania. En Francia hay tensión en la atmósfera durante el período de desmovilización, pero las ilusiones de victoria y las esperanzas de sus frutos dorados siguen siendo igualmente fuertes. La lucha ni siquiera se aproxima aquí a las proporciones que asume en los países conquistados. En los Estados Unidos, hacia fines

³ Tomado de: [La situación mundial](#).

de 1919, las huelgas adquieren mayor amplitud y arrastran a su seno a los mineros, a los metalúrgicos, etc., etc. El gobierno de Wilson da inicio a persecuciones furiosas contra la clase obrera. En la primavera de 1920, en Alemania, la tentativa contrarrevolucionaria de Kapp moviliza y dispone al combate a la clase trabajadora. Sin embargo, el intenso movimiento desordenado de los obreros alemanes es ahogado esta vez por la República de Ebert, que ellos acaban de salvar. En Francia la situación política se agudiza en mayo de 1920, desde la proclamación de la huelga general. No hay, además, tal huelga; que está mal preparada y traicionada por los jefes oportunistas, los cuales (aunque no lo osaron confesar) jamás la quisieron. En agosto, la marcha del Ejército Rojo sobre Varsovia, que constituye parte de la lucha revolucionaria internacional, sufre un fracaso. En septiembre, los obreros italianos, tomando al pie de la letra la agitación revolucionaria (puramente verbal) del Partido Socialista, se apoderan de las fábricas y de los talleres; pero, traicionados vergonzosamente por el Partido, sufren derrotas en toda la línea y son sometidos, a partir de este hecho, a una contraofensiva implacable por parte de la reacción coaligada. Es en diciembre cuando estalla otra huelga revolucionaria en Checoslovaquia. Finalmente, durante el año 1921 un gran combate revolucionario que produce numerosas víctimas, se desarrolla en la Alemania central, y en Inglaterra se produce una obstinada huelga entre los mineros.

Cuando, durante el primer período inmediato a la guerra, observamos el crecimiento del movimiento revolucionario, algunos de nosotros pudimos creer (asesorados por razones históricas) que tal movimiento, cada día más fuerte y extendido, debía conducir inevitablemente al poder a la clase obrera. No obstante, ya han transcurrido casi tres años desde la guerra europea. En el mundo entero, salvo en Rusia, el poder continúa en manos de la burguesía. Verdad es que, en este tiempo, el mundo capitalista no quedó inmutable. Ha sufrido cambios. Europa y el mundo entero, atraviesan un período de desmovilización extremadamente peligroso para la burguesía; período de desmovilización de los hombres y de las cosas, es decir de la industria; período durante el cual se ha producido un monstruoso acrecentamiento de la actividad comercial y, enseguida, una crisis que aún dura. He aquí que una pregunta nace con enorme amplitud: la evolución que en este momento se realiza ¿tiende realmente a la revolución, o habrá que admitir que el capitalismo ha vencido los obstáculos creados por la guerra y que, si aún no se ha restablecido el equilibrio capitalista, está en vías de restablecerse sobre nuevas bases después de la guerra?

La burguesía se tranquiliza

Si antes de analizar esa pregunta en relación con su base económica, la estudiamos desde el punto de vista político, a la fuerza habremos de comprobar que toda una serie de detalles, hechos y declaraciones, atestiguan que la burguesía se ha hecho más fuerte y más estable como clase en el poder, o al menos así lo cree ella. En 1919, la burguesía europea estaba en plena confusión; era para ella una época de pánico, eran los días del miedo loco al Bolchevismo, al cual imaginaba bajo formas vagas y amenazadoras, y al cual los carteles en París mostraban como a un hombre con el cuchillo entre los dientes.

En realidad, encarnado en este espectro del Bolchevismo con un cuchillo, estaba el miedo de la burguesía europea a la retribución por los crímenes que cometió durante la guerra. Sabía bien la burguesía hasta qué punto los resultados de la guerra no se correspondieron con las promesas que ella había hecho. Conocía perfectamente la extensión de los sacrificios en los hombres y en los bienes, y temía el arreglo de sus cuentas. El año 1919 fue, sin duda, el año más crítico para la burguesía. En 1920 y

1921, se la ve adquirir nuevamente su seguridad de antaño y acrecentar su aparato gubernamental que, a consecuencia de la guerra, en ciertos países (Italia, por ejemplo), se encontraba en plena descomposición y que hoy se refuerza, sin duda alguna. El aplomo de la burguesía toma la forma más sorprendente en Italia después de la cobarde traición del Partido Socialista en el mes de septiembre. La burguesía creía encontrar en su camino cuadrillas de asesinos, y se dio cuenta pronto de que sólo tenía ante sí cobardes.

Una enfermedad que en estos últimos tiempos me ha inmovilizado, me permitió, a cambio de no realizar mi trabajo activo, leer un gran número de folletos extranjeros, y he acumulado un paquete de recortes en los que claramente se observa el cambio de sentimientos de la burguesía y su nuevo concepto de la situación política mundial. Todos los testimonios se reducen a uno solo: la moral de la burguesía es, en estos momentos, indudablemente mejor que en 1919 e incluso que en 1920. Así, tomo como ejemplo, las notas publicadas en un periódico suizo, serio y puramente capitalista, *Neue Züricher Zeitung*, sobre la situación política en Francia, Italia y Alemania, son muy interesantes sobre este particular. Suiza, que depende de esos países, se interesa mucho por su situación interior. He aquí lo que decía este diario sobre los acontecimientos de marzo en Alemania:

“La Alemania de 1921 no se parece a la de 1918. La conciencia gubernamental se refuerza por todos lados, hasta el punto de que los métodos comunistas encuentran actualmente una viva resistencia en casi todas las capas sociales, aunque la fuerza de los comunistas, que no estaban representados durante la revolución más que por un pequeño grupo de hombres resueltos, haya aumentado diez veces.”

En abril, el mismo diario, en ocasión de las elecciones en el parlamento italiano, describe la situación interna de Italia del modo que sigue:

“Año 1919: la burguesía está desordenada, el bolchevismo ataca decididamente. Año 1921: el bolchevismo está vencido y disperso, la burguesía ataca decididamente.”

Un periódico francés influyente, *Le Temps*, dijo, en ocasión del Primero de Mayo de este año, que no quedaba ni rastro de la amenaza del golpe de Estado revolucionario que envenenó la atmósfera de Francia en mayo del año pasado, etc...

De tal modo, que no parece ya dudoso que la clase burguesa haya recobrado vigor, ni que los Estados hayan reforzado su aparato policial después de la guerra. Pero este hecho, por importante que sea, no resuelve el problema; en todo caso, nuestros enemigos se apresuran a sacar la conclusión del fracaso de nuestro programa. Seguramente esperábamos ver derrotada a la burguesía en 1919. Pero es evidente que no estábamos muy confiados en ello, y que no ha sido en esta derrota en donde hemos basado nuestro plan de acción. Cuando los teóricos de la II Internacional y de la Internacional Dos y Media dicen que hemos fracasado en lo que concierne a nuestras predicciones, uno podría pensar que se trataba de predecir un fenómeno astronómico. Es como si nos hubiéramos equivocado en nuestros cálculos matemáticos según los cuales un eclipse solar ocurriría en tal y tal día, y por lo tanto demostráramos ser malos astrónomos. En verdad, no se trataba de eso: no predecíamos un eclipse de sol, es decir un fenómeno fuera de nuestra voluntad y del campo de nuestra acción. Se trataba de un acontecimiento histórico que debía cumplirse, y se cumplirá con nuestra participación. Cuando hablábamos de la revolución que debía resultar de la guerra mundial, significaba que intentábamos e intentamos aún explotar las consecuencias de tal guerra, a fin de acelerar el advenimiento de la revolución mundial. El hecho de que la revolución no ha sucedido todavía en el mundo entero o, al menos, en Europa, no significa “que la IC haya sido vencida” porque el programa de la Comintern no está basado en datos astronómicos. Todo lo cual aparece claro para cualquier comunista que

lo analice, siquiera sea brevemente, desde su punto de vista. No habiendo sobrevenido la revolución sobre las huellas candentes de la guerra, es evidente que la burguesía se ha aprovechado de un momento de descanso, si no para reparar, al menos para enmascarar las espantosas consecuencias amenazadoras de la guerra. ¿Lo ha logrado? En parte. ¿Hasta qué punto? Este es el fondo mismo de la cuestión, que roza el restablecimiento del equilibrio capitalista.

¿Se ha reconstruido el equilibrio mundial?

¿Qué significa el equilibrio capitalista del que tan bonitamente habla el menchevismo internacional? Este concepto del equilibrio no ha sido analizado ni expresado por los socialdemócratas. El equilibrio capitalista está determinado por hechos, fenómenos y factores múltiples: de primera, segunda y tercera categoría. El capitalismo es un fenómeno mundial. Ha conseguido dominar el mundo entero, como ha podido observarse durante la guerra: cuando un país producía de más, sin tener mercado que consumiese sus mercancías, mientras que otro necesitaba productos que le eran inaccesibles. En aquel momento, la interdependencia de las diferentes partes del mercado mundial se hacía sentir en todo sitio. En la etapa alcanzada antes de la guerra, el capitalismo estaba basado en la división internacional del trabajo y en el intercambio internacional de los productos. Es necesario que América produzca determinada cantidad de trigo para Europa. Es preciso que Francia fabrique determinada cantidad de objetos de lujo para América. Es imprescindible que Alemania haga cierto número de objetos vulgares y económicos para Francia. Sin embargo, esta división del trabajo no es siempre la misma, no está sujeta a reglas. Se estableció históricamente, y a veces se turba por crisis, competencias y tarifas. Pero, en general, la economía mundial se funda sobre el hecho de que la producción del mundo se reparta, en mayor o menor proporción, entre diferentes países. Semejante división del trabajo universal, conmovida hasta la raíz por la guerra ¿se ha reconstruido o no? He ahí uno de los aspectos del asunto.

En cada país, la agricultura provee a la industria con objetos de primera necesidad para los obreros y con bienes para la producción (materias primas); a su vez, la industria provee al campo de objetos de uso personal y doméstico, así como de instrumentos de producción agrícola. De este modo queda establecida cierta reciprocidad. En el interior de la misma industria asistimos a la fabricación de instrumentos de producción y a la fabricación de objetos de consumo, y entre estas dos ramas principales de la industria se establece cierta interrelación, la cual pasa por constantes rupturas para ser reconstruida sobre nuevas bases. La guerra destruyó estas relaciones. Durante la misma la industria de Europa (y en gran medida las de América y Japón) no produjeron tantos bienes de consumo y medios de producción como de destrucción. Pues si llegaban a producir objetos de uso personal, éstos se destinaban principalmente a los soldados de los ejércitos imperialistas, con desventaja para los productores obreros. Ahora bien, las relaciones rotas entre la ciudad y el campo, entre las distintas ramas de la industria dentro de cada país. ¿Se han reconstruido o no?

Hay que considerar, además, el equilibrio de las clases basado sobre el de la economía nacional. En el período anterior a la guerra, existía una paz armada, no solamente en lo que se refiere a las relaciones internacionales sino (en gran escala) en cuanto se refería a la burguesía y al proletariado, gracias a un sistema de acuerdos colectivos referente a los salarios; sistema llevado a cabo por los sindicatos centralizados y el capital industrial, a su vez centralizándose más y más. Tal equilibrio se rompió con la guerra, lo que ha provocado un movimiento formidable de huelgas en

el mundo entero. El equilibrio relativo de las clases en la sociedad burguesa, equilibrio sin el cual toda producción se hace imposible, ¿se ha restablecido o no? Y si es así, ¿sobre qué bases? El equilibrio entre las clases está estrechamente ligado al equilibrio político. La burguesía, antes y durante la guerra, sostenía su mecanismo interior con la ayuda de los socialdemócratas, de los socialpatriotas, que eran sus principales agentes y mantenían la clase obrera en el marco de un equilibrio burgués. Únicamente por esto pudo la burguesía hacer la guerra. ¿Ha reconstruido ya su sistema político, y hasta qué punto los socialdemócratas conservan o perdieron su influencia sobre las masas y son capaces de representar su papel de guardianes de la burguesía?

Más tarde se aborda la cuestión del equilibrio internacional, es decir, de la coexistencia de los Estados capitalistas, sin la cual, evidentemente, la reconstrucción de la economía capitalista se hace imposible. ¿Ha sido alcanzado ya el equilibrio en esta esfera, o no?

Todos los aspectos del problema deben ser analizados para que podamos contestar a la pregunta si la situación mundial continúa hacia la revolución o, por el contrario, si tienen razón los que consideran nuestros puntos de vista revolucionarios como utópicos. El estudio de cada aspecto de este problema debe ilustrarse con hechos numerosos y cifras difíciles de someter a tan grande asamblea y que apenas pueden retenerse. Así que, brevemente, trataré de exponer algunos datos esenciales que nos permitan orientarnos.

¿Se ha establecido una nueva división del trabajo? En este terreno, el hecho decisivo es el traspaso del centro de gravedad de la economía capitalista y del poder burgués de Europa a América. Es un hecho esencial que cada uno de vosotros, camaradas, debe grabar en su memoria de la manera más fija, a fin de que podáis comprender los acontecimientos que ante nosotros se desarrollarán aún en el transcurso de los años que sigan. Antes de la guerra, era Europa el centro capitalista del mundo; era su principal depósito, su principal oficina y banca. El industrial europeo, inglés en primer término, y alemán en segundo; el comerciante europeo, inglés sobre todo; el usurero europeo, inglés en primer lugar, enseguida francés, eran los directores efectivos de la economía mundial y, por consecuencia, de la política universal. Esto acabó. Europa ha sido arrojada a segundo lugar.

Decadencia Económica de Europa expresada en cifras

Ensayemos determinar en cifras aproximadas el traspaso del centro de gravedad económica y medir la decadencia económica de Europa. Antes de la guerra, la propiedad nacional, o sea el conjunto de fortunas de todos los ciudadanos y de todos los Estados que participaron en la última guerra, estaba valuado en unos 2,4 billones de marcos oro. La cantidad de cosas que producían en el curso de un año, ascendía a un ingreso de 340 mil millones de marcos oro. ¿Qué ha gastado y destruido la guerra? 1,2 billones de marcos oro, la mitad justa de lo que los países beligerantes habían amasado durante toda su existencia. Es evidente que se cubrían los gastos de guerra con las rentas corrientes. Pero si admitimos que la renta nacional de cada país cayó incluso un tercio durante la guerra, a consecuencia de la enorme disminución de la mano de obra, y que así alcanzó 225 mil millones de marcos oro; si, por otra parte, tomamos en consideración el que todos los gastos, fuera de los de guerra, absorbían el 55%, a la fuerza tendrá que reconocerse que las rentas nacionales corrientes no pudieron cubrir los gastos de la guerra más que en la proporción de 100 mil millones de marcos oro anualmente. Lo cual representa 400 mil millones de marcos oro en los cuatro años de lucha. Por consecuencia, los 800 mil millones de marcos que faltaban debían ser

sacados del capital de las mismas naciones beligerantes y, sobre todo, en base de la no reconstrucción de su aparato productor. Se comprende que la fortuna general de los países beligerantes, no representa después de la guerra 2,4 billones de marcos oro, sino solamente 1,6 billones de marcos oro, de forma que ha disminuido en un tercio.

Sin embargo, todos los países que tomaron parte en la guerra no se arruinaron en las mismas proporciones. Al contrario, hay entre los beligerantes, países que se han enriquecido, como los Estados Unidos y Japón. Lo cual quiere decir que los Estados europeos que lucharon han perdido más de un tercio de su fortuna nacional; algunos, como Alemania, Austria-Hungría, Rusia, Balcanes, perdieron más de la mitad.

El capitalismo como sistema económico está, como ustedes saben, lleno de contradicciones. Esas contradicciones alcanzaron proporciones colosales durante la guerra. A fin de procurarse los medios con que hacer la guerra, el Estado ha pedido recursos por medio de las medidas siguientes: en primer lugar, emitiendo papel moneda y, por otra parte, lanzando préstamos. De tal modo, la circulación de los antedichos valores aumentaba cada vez más. Gracias a este medio, el Estado sacaba del país valores materiales y efectivos y los destruía en la guerra. Cuanto más gastaba el Estado, cuantos más valores reales destruía, más se amontonaban en el país los valores ficticios. Los contratos de préstamo se apilaban por doquier. Parecía que el país se había enriquecido extraordinariamente, pero en realidad sus fundamentos económicos se debilitaban cada vez más, se quebrantaban más, caían en ruinas. Las deudas del Estado alcanzaron la cifra de 1 billón de marcos oro, lo que representa un 62% de la actual riqueza de los países beligerantes. Antes de la guerra circulaban papel moneda y títulos de crédito por un valor aproximado de 28 mil millones de marcos oro. En este momento la cantidad es entre 220 mil y 280 mil millones, o sea diez veces más, sin contar claro, a Rusia, pues sólo hablamos del mundo capitalista. Todo esto concierne principalmente (aunque no “exclusivamente”) a los países de Europa; sobre todo, a los del continente y, en primer término, a la Europa central. En general, conforme Europa devenía más pobre se recubría, y se recubre, de una cada vez más espesa costra de valor en papel, o sea lo que se llama capital ficticio. Este capital ficticio (papeles de crédito, bonos del tesoro, títulos de la deuda, billetes de banco, etc.) representa o el recuerdo del capital difunto o la esperanza del capital nuevo. Pero en el presente no corresponde a ningún capital real. Cuando el Estado negociaba un empréstito para obras productivas, como por ejemplo, el Canal de Suez, los valores en papel emitidos por el Estado tenían al dorso un valor real: el Canal de Suez, que permite el paso de los barcos, recibe una remuneración, da rentas; en una palabra, participa de la economía nacional. Cuando el Estado hacía empréstitos para la guerra, los valores movilizados a favor del empréstito destruían y reunían a un mismo tiempo valores nuevos. No obstante, los títulos de la deuda han quedado en los bolsillos y en las carteras de los ciudadanos; el Estado les debe centenas de millones, esas centenas de millones que existen bajo la forma de billetes en el bolsillo de los que se los prestaron al Estado, ¿son millones verdaderos? No existen. Han sido destruidos, quemados. El detentador de ese papel ¿qué aguarda? Si es un francés, espera que Francia arranque esos millones a Alemania, junto con su carne, y le pague.

La destrucción de los cimientos de las naciones capitalistas, la destrucción de su organización productora, ha retoñado (en verdad) bajo diversas relaciones que se escapan a las estadísticas. Este hecho es singularmente llamativo en lo que se refiere a la vivienda. Vistos los beneficios enormes del tiempo de guerra y de después, todas las fuerzas del capital han tendido hacia la producción de nuevos objetivos de consumo personal o militar. En cuanto al restablecimiento de la organización productora fundamental, se ha ido descuidando cada vez más. Sobre todo en lo que respecta a la construcción de viviendas urbanas. Se reparan mal las casas viejas, se construyen

nuevos inmuebles en cantidades insignificantes. Así se ha provocado una necesidad colosal de vivienda en el mundo capitalista. Debido a la actual crisis la destrucción del aparato productivo puede no ser perceptible hoy, ya que los principales países capitalistas no utilizan más que la mitad o un tercio de sus capacidades productivas. Pero en la esfera de la vivienda, debido al constante crecimiento de la población, la desorganización del aparato económico se manifiesta a pleno. Se necesitan centenas de miles y hasta millones de viviendas en América, Inglaterra, Alemania y Francia. Pero los trabajos necesarios para resolver esas necesidades encuentran dificultades insuperables, provocadas por el empobrecimiento general. El capitalismo europeo debe y deberá ajustarse los cinturones, reducir el alcance de sus operaciones y descender a un nivel más bajo en los próximos años.

Como he dicho, en el cuadro del empobrecimiento general de Europa diferentes países se han arruinado en diferentes proporciones. Consideremos el caso de Alemania, el país que más ha sufrido entre las grandes potencias capitalistas. Citaré algunas cifras fundamentales que caracterizan la situación de Alemania antes y después de la guerra. Estas cifras no son exactas, claro. El cálculo estadístico de la riqueza y de las rentas nacionales es una cosa muy difícil de lograr bajo la anarquía capitalista. Un cálculo real de las rentas y riquezas no será posible más que en los regímenes socialistas, y se expresará en unidades de trabajo humano. Claro que hablamos del régimen socialista bien organizado y funcionando regularmente, que tan lejos estamos todavía de alcanzar. Pero hasta las cifras que no son exactas del todo nos servirán para darnos una idea aproximada de los cambios producidos en la situación económica de Alemania y de los demás países en los últimos seis o siete años.

Se calculaba la riqueza nacional de Alemania antes de la guerra en 225 mil millones de marcos oro, mientras que el ingreso nacional más alto de preguerra fue de 40 mil millones de marcos oro. Como es sabido, en aquella época Alemania se enriquecía velozmente. En 1896 su renta era de 22 mil millones de marcos oro. En dieciocho años (1896-1913) aumentó 18 mil millones, a razón de mil millones por año. Aquellos dieciocho años fueron la época del formidable crecimiento del capitalismo en el mundo entero, y sobre todo en Alemania. Hoy, la riqueza nacional de esta nación se estima en 100 mil millones de marcos oro, y su ingreso en 16 mil, o sea un 40% del que tenía antes de la guerra. Verdad que Alemania perdió una parte de su territorio, pero sus pérdidas más considerables fueron los gastos de guerra y el pillaje sufrido después. El economista Richard Calwer (de Alemania) considera que, tanto en el terreno de la industria como en el de la agricultura, Alemania produce al presente mucho menos de la mitad de lo que producía antes de la guerra. De modo que los cálculos del economista alemán confirman en todos sus puntos las cifras que acabo de citar. Al mismo tiempo, la deuda del Estado alemán aumenta hasta alcanzar los 250 mil millones de marcos; es decir, que es dos veces y media mayor que la riqueza de Alemania. Por otra parte, a este país se le han impuesto unas retribuciones de 132 mil millones de marcos. Si los ingleses y los franceses decidieran tomar esta suma entera e inmediatamente, se verían obligados a meterse en los bolsillos a Alemania, desde las minas de Stinnes hasta los botones de la camisa del presidente Ebert. El papel moneda se cifra actualmente en Alemania en 81 mil millones de marcos. Cinco mil millones apenas se garantizan por las reservas oro. De donde resulta que el valor interior del marco alemán no alcanza ahora más de siete peniques.

Lo cierto es que, después de la guerra, Alemania apareció victoriosa sobre el mercado mundial, exportando a bajo precio sus mercancías. Pero mientras que estos bajos precios dejaban beneficios considerables a los negociantes y exportadores alemanes, representaba a fin de cuentas, la ruina para la población alemana considerada

de conjunto. En efecto, el bajo precio en el mercado mundial se obtenía disminuyendo los salarios y dejando morir de hambre a los obreros, haciendo participar al Estado de la compra del pan, tasando de cierta manera los alquileres, lo que provocaba a su vez la detención de la construcción de inmuebles, limitando las reparaciones, etc.. De tal modo, cada artículo alemán arrojado al mercado mundial lleva consigo una parte de la riqueza nacional alemana, contra la cual Alemania no dispone de ningún equivalente.

A fin de “sanear” la economía alemana, es preciso estabilizar su moneda: es decir que hay que detener la emisión de valores papel y disminuir la cantidad de los que están en circulación. Pero para obtener tal resultado hay que renunciar al pago de las deudas, proclamar la quiebra del Estado. Sin embargo, esta medida equivale por sí sola a la ruptura del equilibrio, ya que ella implica una transferencia de propiedad de sus actuales poseedores a otras manos, y debe por lo tanto provocar una encarnizada lucha de clases por la nueva distribución del ingreso nacional. Mientras tanto Alemania se empobrece y continúa cayendo.

Tomemos ahora un país victorioso: Francia. Si comparamos la situación actual de Francia con la que tenía durante los años 1918-1919, diremos: “Sí, algunas mejoras se advierten”. Citaré ahora algunas cifras que los economistas burgueses franceses están presuntuosamente utilizando en un intento de demostrar que la economía capitalista de este país se ha restaurado. Examinemos por ejemplo, el estado de la agricultura francesa. Francia producía antes de la guerra, 86 millones de quintales métricos de trigo, 52 de avena, 132 de papas por año. El año 1919 ha dado 50 millones de trigo; la cosecha de 1920 ha dado 63. En 1919 se han recolectado 77 millones de quintales de papas; en 1920, 103. Examinemos el estado del ganado: en 1913 Francia contaba con 15 millones de carneros; hoy (1921) tiene 12,8 millones. Había en Francia 7 millones de cerdos en 1913; ahora, 4. Como se ve, la disminución es considerable. Veamos la producción de carbón, base esencial de la industria. En 1913 se extraían en Francia 41 millones de toneladas de carbón, contra 22 millones en 1919 y 25 en 1920. Si tomamos en consideración la producción de Alsacia-Lorena y de la cuenca del Sarre conseguiremos la cifra de 35,6 millones de toneladas en 1919. Por consecuencia, comprobamos aquí un aumento de la producción, que sin embargo está muy lejos de obtener el nivel de antes de la guerra. ¿Por qué medios se ha alcanzado este progreso, por pequeño que sea? En la agricultura se debe sobre todo, al trabajo encarnizado del labriego francés. En el terreno capitalista se ha logrado por el pillaje contra Alemania, a la cual se le han tomado vacas, granos, máquinas, locomotoras, oro y especialmente carbón.

Desde el punto de vista de la economía nacional no hay nada positivo aquí, ningún valor nuevo; se trata principalmente de un desplazamiento de los valores antiguos. Es preciso añadir que las pérdidas de Alemania fueron de una vez y media a dos veces más grandes que las conquistas de Francia.

Vemos, pues, que habiéndole arrebatado Francia a Alemania sus principales distritos de producción metalúrgica y carbonera, aún está lejos de alcanzar su propio nivel de producción de antes de la guerra. Tomemos el comercio exterior francés. El balance comercial caracteriza el equilibrio económico internacional, o sea el estado de los cambios entre diversos países. Un país capitalista considera como favorable su situación si exporta al extranjero más que lo que importa. La diferencia se le paga en oro. Semejante balance se denomina activo. Si un país se ve obligado a importar más que a exportar, su balance es pasivo y le obliga a añadir a las mercancías exportadas una parte de sus reservas-oro. De tal modo, la base de su sistema monetario y de su crédito se arruina. Fijándonos en Francia en los dos últimos años (1919-1920), los dos años que la burguesía francesa ha consagrado al trabajo de ‘reconstrucción’, veremos que el

pasivo comercial de 1919 se cifraba en 24 mil millones, y en 1920 en 13 mil. El burgués francés jamás vio cifras parecidas ni aun en las pesadillas más terribles de antes de la guerra. El pasivo comercial de estos dos años es de 27 mil millones. Durante el primer trimestre de 1921, Francia realizó su balance comercial sin pasivo, o lo que es igual, a que sus exportaciones han sido iguales a sus importaciones. Por esta razón algunos economistas franceses cantaron victoria: “Francia está en vías de reconstruir su equilibrio comercial”, se decían. Pero el órgano directivo de la burguesía francesa, *Le Temps*, escribía sobre esto el 18 de mayo: “*Están equivocados. No tuvimos que desembolsar oro durante estos tres meses solamente porque importamos muy pocas materias primas. Pero esto simplemente significa, que en la última parte del año exportaremos pocos productos manufacturados en base a materias primas extranjeras en general y americanas en particular. Por lo tanto, si hemos tenido un balance comercial favorable en estos tres meses, en el próximo período el déficit comercial empezará ineludiblemente a crecer.*”

Antes de la guerra había menos de 6 mil millones de francos en billetes en circulación: actualmente pasan de los 38 mil. En lo que concierne al poder de compra del franco, el mismo periódico *Le Temps* hace observar que hacia fines de marzo, cuando ya la crisis había comenzado en el mundo entero, los precios en América aumentaron en un 23%; es decir, menos de un cuarto en relación con los de antes de la guerra, mientras que en Francia aumentaron un 260%, o sea más de tres veces y media que los de antes de la guerra. Esto significa que el poder de compra del franco ha disminuido. Examinaremos ahora el presupuesto francés. Se divide en dos partes: ordinario y extraordinario. El ordinario se valúa en 23 mil millones de francos, cifra desconocida antes ¿Adónde van esas sumas monstruosas? Quince mil millones se destinan a cubrir los intereses de las deudas, cinco mil millones al ejército; total 20 mil millones. Esto es cuanto el estado francés se apresta a sacar del contribuyente. En realidad, sólo alcanza a obtener 17 mil quinientos millones. Por lo tanto el ingreso normal del gobierno no basta para pagar los intereses y mantener el ejército. Nosotros vemos aún gastos extraordinarios: más de 5 mil millones para las tropas de ocupación y toda clase de retribuciones y reconstrucciones consecutivas a la guerra. Estos gastos son inscriptos a cuenta de Alemania. Pero es bastante autoevidente, que a medida que pasa el tiempo, Alemania es cada vez menos capaz de pagarlos. Entretanto el Estado francés continúa viviendo gracias a los nuevos empréstitos o imprimiendo papel moneda. León Chavenon, uno de los periodistas financieros franceses más autorizados, director de un periódico económico muy importante, *L'Information*, preconiza la supresión continua del papel moneda declarando: “*No evitaremos esta necesidad sino por medio de una quiebra declarada.*” De tal manera, no existen más que dos eventualidades: una quiebra disfrazada, gracias a la impresión ilimitada de papel moneda o una quiebra franca. He aquí que estamos en Francia, un país victorioso que, en mitad de una Europa en ruinas, se encuentra en una situación favorable, en el sentido que ella pudo y puede reconstituir su equilibrio a costa de Alemania. La situación de Italia y de Bélgica no es mejor que la de Francia.

Pasemos ahora al país más rico y poderoso de Europa: Gran Bretaña. Durante la guerra nos acostumbramos a decir que Inglaterra se enriquecía con la guerra, que la burguesía inglesa llevó a Europa a la guerra, y que se calentaba al calor del fuego que atizó. Lo cual era verdad hasta cierto punto. Inglaterra se enriqueció en el primer período de la guerra pero empezó a perder en el segundo. El empobrecimiento de Europa, especialmente de Europa Central sirvió para romper las relaciones comerciales entre Inglaterra y el resto del continente. Esta circunstancia debía, a fin de cuentas, afectar terriblemente a la industria y a las finanzas de Inglaterra, y la afectó. Además,

Inglaterra debió soportar gastos formidables debidos a la guerra. Se encuentra actualmente en decadencia y ésta se acentúa cada vez más. El hecho que cito puede ser ilustrado por medio de cifras relativas a la industria y al comercio, pero no existe ningún género de duda, y tiene su completa expresión en la serie de declaraciones oficiales de los banqueros e industriales ingleses más notables. En el transcurso de marzo, de abril y de mayo, han publicado en los periódicos ingleses las cuentas de las asambleas anuales de las sociedades por acción, de las bancas, etc. Esas asambleas, en las cuales los directores de las empresas han leído sus informes sobre la situación general de los negocios del país, o bien de sus ramas de industria respectivas, ofrecen documentación sumamente instructiva. He reunido una gran cantidad de esos informes. Atestiguan todos lo mismo: la renta nacional de Inglaterra, el conjunto de las rentas de los ciudadanos del mismo Estado, es menor que antes de la guerra.

Inglaterra se empobrece. La productividad del trabajo disminuye. Su comercio internacional ha bajado en 1920 en relación con el del año anterior al de la guerra, en al menos un tercio, y en ciertas ramas (las más importantes) mucho más todavía. Semejante cambio es muy notable, sobre todo en la industria del carbón, que representaba la rama principal de la economía inglesa o, mejor, la base de todo el sistema económico mundial de Inglaterra: el monopolio carbonero constituía la raíz del poder, el vigor y la prosperidad de todas las otras ramas de la industria inglesa. Ningún rastro de tal monopolio subsiste hoy. He aquí los datos relativos al estado de la economía que nos ocupa: en 1913, las minas inglesas dieron 287 millones de toneladas de carbón; en 1920, se extrajeron 233, lo que representa un 20% menos. En 1913 la producción de hierro de Inglaterra llegó a 10,4 millones de toneladas; en 1920, poco más de ocho millones, otro 20% de menos. Exportaba, en 1913, 73 millones de toneladas de carbón, y en 1920 apenas 25, un tercio del total de preguerra. Pero la crisis de la industria y de la exportación de carbón en 1921 tomó terribles proporciones. Se extrajeron en enero 19 millones de toneladas; en febrero 17; en marzo 16. Enseguida sobreviene la huelga general durante la cual la extracción del carbón se reduce casi a cero. La exportación en los primeros cinco meses de 1921 es seis veces menor que la del período correspondiente del año 1913. La explotación del mes de mayo de 1921, calculada en dinero, es tres veces menor que la del mes de mayo de 1920. La deuda nacional de Inglaterra se cifraba el 1 de agosto de 1914 en 700 millones de libras esterlinas; el 4 de junio de este año alcanzaba los 7.709 millones. Aumentó once veces. El presupuesto se ha triplicado.

El derrumbamiento de la economía inglesa ha encontrado su más gráfica expresión en que una libra esterlina ya no es más una libra esterlina. En el mercado financiero mundial siempre ocupó la libra una situación preponderante. Las divisas de los demás países se conformaban al valor de la libra, que los ingleses llaman soberano. En este momento, la libra ha perdido su papel director. Su plaza es ocupada por el dólar, dueño actual del mercado financiero. La libra esterlina ha perdido ante el dólar un 24 por ciento de su valor nominal. Tal es la situación de Inglaterra, el país más rico de Europa, el que menos ha sufrido militarmente, y el que más se enriqueció en el primer período de la guerra.

Los datos que acabamos de citar caracterizan suficientemente la situación de Europa entera. De los países que participaron en la guerra, Austria ocupa un polo a título de país que más ha sufrido (sin hablar de Rusia), e Inglaterra ocupa el polo opuesto. Entre estos dos países se encuentran: Alemania, Italia, Bélgica, Francia. Los países balcánicos se han arruinado completamente y han vuelto al estado de barbarie económico-cultural. En lo que concierne a los países neutrales, sin duda que se enriquecieron al principio de la guerra; pero, no pudiendo jugar un papel económico

autónomo (porque estaban intercalados entre las grandes potencias, de las cuales dependían económicamente) la ruina de los principales estados de Europa, tuvo como corolario enormes dificultades económicas para los países neutrales que también rebajaron el nivel que alcanzaron en el primer período de la guerra.

Así, la fortuna de Europa en su conjunto, en cuanto comprende la cantidad de riquezas materiales producidas por la población europea entera, ha caído en al menos un tercio comparado con los tiempos de preguerra. Lo fundamental, como dije, es la ruina de la organización productora. El campesino no encuentra abonos químicos, instrumentos de arar, máquinas agrícolas; el propietario de minas, deseando alcanzar los precios más elevados para su carbón, no renueva su maquinaria; los depósitos de locomotoras se vacían, las vías férreas no reponen suficientemente su material, etc. Como consecuencia de las circunstancias, la trama de la vida económica se hace más débil, más leve, menos resistente. ¿Qué hacer para medir estos fenómenos, cómo darnos cuenta? La estadística capitalista es insuficiente para esto. Un inventario semejante, esto es, un inventario en términos de los valores de las condiciones productivas, no de una empresa aislada, sino de países enteros y del conjunto de Europa, indudablemente mostraría que los regímenes de guerra y postguerra sobrevivieron y sobreviven a expensas del capital productivo básico de Europa. Lo cual quiere decir, por ejemplo, que Alemania en lugar de emplear 50.000 obreros para mejorar el estado de sus minas, ocupa 50.000 obreros más para extraer el carbón que debe entregar a Francia. Por otra parte, Francia tiende a exportar la mayor cantidad posible de productos extranjeros, para disminuir su déficit comercial, descuidando a su vez su equipamiento en las proporciones necesarias. Y todo esto concierne a todos los países de Europa, pues Europa tiene, en su conjunto, un balance comercial deficitario, pasivo. El debilitamiento de las bases de la economía europea será mayor mañana de lo que fue ayer, y de lo que es hoy.

El gran topo de la historia roe los cimientos de la estructura económica de Europa.

El florecimiento económico de América

Si pasamos al otro hemisferio, un cuadro distinto se nos ofrece. El desarrollo de América ha seguido una dirección diametralmente opuesta, pues se ha enriquecido enormemente en este tiempo. Tomó parte en la guerra, a título de proveedor. Verdad que también ha tenido algunos gastos con la guerra; pero esos gastos parecen insignificantes si los comparamos, no sólo con los beneficios de la guerra, sino con todas las ventajas que el desarrollo económico de América ha sacado de la guerra. Los Estados Unidos han encontrado en Europa algo más que un mercado casi ilimitado, en el cual se le compraba en firme, pues a la vez se han desembarazado, por largos años, de sus competidores en el mercado mundial: Alemania e Inglaterra, que soportaron el peso mayor de la guerra. Hasta la misma guerra, la mayor parte de las exportaciones americanas, dos tercios del total, consistían de productos agrícolas y materias primas. En el curso de la guerra, la exportación de los Estados Unidos aumentó sin cesar y con rapidez febril. Basta decir que el excedente de sus exportaciones sobre sus importaciones en seis años (1915-1920) se calcula en 18 mil millones de dólares. A la vez, el carácter de sus exportaciones ha cambiado radicalmente. Hoy los Estados Unidos exportan 60% de productos manufacturados y solamente 40% de productos agrícolas, comestibles y materias primas.

A fin de fijar el papel actual de los Estados Unidos en la economía mundial, citaré las siguientes cifras fundamentales:

El 6% de la humanidad habita el territorio de los Estados Unidos, que ocupan el 7% de la superficie terrestre; el 20% de la producción global de oro se encuentra en este país; los Estados Unidos poseen el 30% del tonelaje de la flota comercial del mundo, mientras que antes de la guerra sólo tenían un 5%. La producción del acero y del hierro constituye, en los Estados Unidos, un 40% de la producción mundial; la del plomo, 49%, la de la plata, 40%; del zinc, 50%; del carbón, 45%; del aluminio 60%, otro tanto del cobre y del algodón; del petróleo, de 66 a 70%, del maíz, 75%, y de los automóviles, 85%. Existen hoy en el mundo entero diez millones de automóviles; de ellos, América posee ocho millones y medio, y el resto del mundo, 1.400.000. En América se cuenta un auto por cada doce habitantes.

Así también el dominio sobre el mercado del carbón ha pasado definitivamente de Inglaterra a los Estados Unidos. La superioridad de éstos en el terreno del petróleo, que desempeña un papel cada vez mayor en la industria y en la guerra, no es menos aplastante. Pero el cambio no sólo se ha operado en la industria y el comercio mundiales, alcanza también al mercado financiero. El usurero principal del mundo de preguerra era Inglaterra; enseguida venía Francia. El mundo entero, incluyendo a América, le debía. Por el contrario, en este momento, el único país que a nadie debe y al que todo el mundo le debe son los Estados Unidos. Europa, los Estados europeos, las ciudades y las empresas deben a los Estados Unidos 18 mil millones de dólares oro. Y esto es sólo el comienzo. Cada día que pasa aumenta esa deuda en 10 millones de dólares gracias a los intereses impagos y a la apertura de nuevos créditos. De tal modo, el dólar se ha convertido en el “soberano” del mercado financiero mundial. Antaño, al presentarse el dólar en el mercado, decía: “Valgo, poco más o menos, un quinto de libra esterlina.” En lo que respecta a esta última, no necesitaba presentación: existía como libra esterlina sencillamente. Ahora la situación ha cambiado. Hoy, la libra esterlina, como las demás unidades monetarias, necesita un pasaporte, y en él se dice que la libra esterlina no es eso en realidad, sino que vale un cierto número de dólares (casi un cuarto menos de lo que marcaban los indicadores financieros de antes de la guerra). Casi la mitad del oro mundial, que sirve de base al sistema monetario, se concentra en los Estados Unidos: ¡cerca de la mitad de las reservas-oro del mundo!

Tal es la situación de América del Norte después de la guerra. ¿De qué modo se ha establecido? Se fundó sobre el mercado de guerra de Europa, que era ilimitado y que pagaba a cualquier precio. En las colonias inglesas, en Asia, en África, en América del Sur, los Estados Unidos tenían competidores. Como en su mayoría han desaparecido, los Estados Unidos pueden desenvolverse sin trabas. Durante siete años hemos asistido a un cambio completo en el dominio de la división del trabajo en el mundo entero. Durante más de cuatro años, Europa fue una hoguera en la que ardían sus rentas y su mismo capital; en esa hoguera, la burguesía americana calentaba sus manos. La potencia productora de América crece incesantemente; pero el mercado cesó de existir, porque Europa se arruinó y no encuentra el medio de comprar las mercancías americanas. Es como si Europa hubiera ayudado con todas sus fuerzas a América a subir a la más alta cima, para luego sacar la escalera.

Los otros países. La crisis

Japón aprovechó también el tiempo de guerra, y su capitalismo hizo grandes progresos que, sin embargo, no pueden compararse con el desarrollo de los Estados Unidos. Ciertas ramas de la industria japonesa han crecido con la velocidad de plantas en invernadero. No obstante, aunque Japón haya sido capaz de desarrollar rápidamente ciertas ramas de su industria, gracias a la ausencia de competidores, no podrá guardar

las posiciones conquistadas después que algunos de sus rivales hayan reaparecido en el mercado. La cifra general de obreros y obreras japoneses (el trabajo femenino alcanzó rápida difusión en el Japón) se calcula en 2.370.000, de los que 270.000 (casi el 12%) están sindicalizados.

En los países coloniales y semicoloniales, en las Indias orientales, en la China, el capitalismo hizo grandes conquistas en los últimos años. Antes de la guerra, Asia producía 56 millones de toneladas de carbón; en 1920 llegó a los 76 millones, o sea 36% de más.

El mundo sufre en este momento una crisis muy dura, que comenzó en la primavera de 1920 en Japón y América, países que estaban progresando en este último período. *The Economist*, el más autorizado periódico inglés sobre economía, relataba de manera curiosa el principio de la crisis. Es un episodio muy interesante. El obrero americano, vedlo, se enriquece y se pone a comprar camisas de seda, cuya fabricación constituye la más importante de las ramas de la industria textil japonesa. La industria japonesa de la seda se desarrolló enormemente en poco tiempo; pero el poder adquisitivo de los obreros es limitado, y cayó súbitamente cuando la industria americana comenzó su reconversión a raíz de la paz. Se produce entonces una aguda crisis en la industria sedera japonesa. Otros aspectos de la industria han sido, a su vez, conmovidos por la misma crisis que atravesó el océano y estalló en América, alcanzando en el momento presente proporciones desconocidas en la historia del capitalismo. De manera que lo que comenzó por una cosa insignificante, por una minúscula camisa de seda, ha terminado en un gran desastre; los precios han caído con rapidez vertiginosa, las fábricas cerraron sus puertas y arrojaron a la calle a sus obreros. Actualmente, pasan de seis millones los obreros sin trabajo.

El episodio relativo a las camisas de seda juega en la historia de la crisis casi el mismo papel que el aletazo que provoca el vendaval. No hay duda de que éste estaba a punto de producirse, sin embargo, el episodio es aún más interesante bajo este aspecto que caracteriza la mejoría cierta de la situación material de algunas categorías obreras americanas durante los años pasados. Gran parte de los ocho millones y medio de automóviles pertenecen a obreros calificados, pero hoy y sobre todo en el próximo período, los obreros americanos no tendrán los medios para automóviles y camisas de seda.

Vemos, pues, una crisis en Europa y otra en América. Pero son bien distintas. Europa se arruina, América se enriquece. La organización productiva de América está, relativamente, en buen estado. Sus fábricas son de primera clase, su equipamiento y suministros están cerca. Es cierto que la calidad de sus productos ha bajado durante la guerra, sus vías férreas no se encuentran en perfecto estado; sus capitalistas se preocupan, sobre todo del transporte de sus mercancías hacia los puertos de Oriente; pero, en general, no sólo ha conservado América su envergadura económica, sino que la ha acrecentado.

La demanda de Europa ha disminuido; nada puede dar a cambio de las mercancías americanas. El centro de gravedad de la economía mundial se ha pasado de golpe a América y, en parte, al Japón. Si Europa sufre anemia, América sufre congestión. Esta anormal incongruencia entre las condiciones de las economías europeas y americanas (una ruinoso incongruencia para ambos lados) encuentra su más gráfica expresión en la esfera del transporte por mar. En esta esfera como en tantas otras, la posición dominante antes de la guerra pertenecía a Inglaterra. Concentraba en sus manos cerca del 50% del tonelaje mundial. Buscando asegurar su dominio en todos sentidos, los Estados Unidos se han dedicado a construir su flota de guerra tan rápidamente como desarrollaron su comercio durante la guerra. Su tonelaje, que no

pasaba de tres o cuatro millones, se calcula hoy (1921) en quince millones, casi igual al de Inglaterra.

El tonelaje mundial aumentó en el curso de este último año cerca de un quinto, y no obstante, la industria y el comercio del mundo están en baja. No hay nada que transportar. La anemia de Europa y la congestión de América paralizan del mismo modo los transportes del Atlántico.

Boom y crisis

Los economistas burgueses y los reformistas, que tienen interés en presentar la situación del capitalismo bajo un aspecto favorable, dicen: “La crisis actual no prueba nada por sí misma. Por el contrario es un fenómeno normal. Después de la guerra presenciamos un boom industrial, y ahora una crisis; por lo tanto el capitalismo vive y se desenvuelve.” En efecto, el capitalismo vive por crisis y booms, así como un ser humano vive por inhalar y exhalar. Primero hay un boom en la industria, luego una paralización, luego una crisis, seguida por una paralización en la crisis, luego una mejora, otra paralización, y así continúa.

La alternancia de las crisis y los booms, con todos sus estados intermedios, constituye un ciclo o uno de los grandes ciclos del desarrollo industrial. Cada ciclo abarca un período de ocho, nueve, diez, once años. Si estudiamos los ciento treinta y ocho últimos años, percibimos que a este período corresponden dieciséis ciclos. A cada ciclo corresponde, en consecuencia, poco menos de nueve años: ocho años cinco octavos. Por razón de sus contradicciones interiores, el capitalismo no se desarrolla en línea recta, sino de manera zigzagueante: ora se levanta, ora cae. Es precisamente este fenómeno el que permite decir a los apologistas del capitalismo: “Desde que observamos luego de la guerra una sucesión de booms y crisis, se desprende que todas las cosas están trabajando juntas para lo mejor del capitalismo.” Sin embargo la realidad es otra. El hecho que el capitalismo continúe oscilando cíclicamente luego de la guerra indica, sencillamente, que aún no ha muerto y que todavía no nos enfrentamos con un cadáver. Hasta que el capitalismo no sea vencido por una revolución proletaria, continuará viviendo en ciclos, subiendo y bajando. Las crisis y los booms son propios del capitalismo desde el día de su nacimiento; le acompañarán hasta la tumba. Pero para definir la edad del capitalismo y su estado general, para establecer si aún está desarrollándose, o si ya ha madurado, o si está en decadencia, uno debe diagnosticar el carácter de los ciclos, tal como se juzga el estado del organismo humano, según el modo como respira: tranquila o entrecortadamente, profundo o suave, etc.

El fondo mismo de este problema, camaradas, puede ser presentado de la siguiente manera: tomemos el desarrollo del capitalismo (el progreso en la extracción del carbón, la fabricación de telas, la producción del hierro, la fundición, el comercio exterior, etc.) en los últimos ciento treinta y ocho años, y representémosle por una curva. Si en los movimientos de esta curva, nosotros expresamos el curso real del desarrollo económico, encontraremos que esta curva no oscila hacia arriba en un arco ininterrumpido, sino en zigzags, curvándose hacia arriba y hacia abajo en correspondencia con los respectivos booms y crisis. Entonces, la curva del desarrollo económico es un compuesto de dos movimientos: uno, primario, que expresa el crecimiento ascendente del capitalismo; y otro, secundario, que corresponde a las oscilaciones periódicas constantes, relativas a los dieciséis ciclos de un período de ciento treinta y ocho años. En ese tiempo, el capitalismo ha vivido aspirando y expirando de manera diferente, según las épocas. Desde el punto de vista del

movimiento de base, es decir, desde el punto de vista del progreso y decadencia del capitalismo, la época de 138 años [133, incorrecto en el original inglés, N. del T.] puede dividirse en cinco períodos: de 1781 a 1851, el capitalismo se desarrolla lentamente, la curva sube penosamente; después de la revolución de 1848, que ensancha los límites del mercado europeo, asistimos a un punto de ruptura. Entre 1851 y 1873, la curva sube de golpe. En 1873, las fuerzas productivas desarrolladas chocan con los límites del mercado. Se produce un pánico financiero. Enseguida, comienza un período de depresión que se prolonga hasta 1894. Las fluctuaciones cíclicas tienen lugar durante este tiempo; pero la curva básica queda al mismo nivel, aproximadamente. A partir de 1894 empieza un nuevo boom capitalista hasta la guerra, casi, la curva sube con vertiginosa rapidez. Al fin, el fracaso de la economía capitalista en el curso del quinto período tiene efecto a partir de 1914.

¿Cómo se combinan las fluctuaciones cíclicas con el movimiento primario? Claramente se ve que, durante los períodos de desarrollo rápido del capitalismo, las crisis son breves y de carácter superficial mientras que las épocas de boom, son prolongadas. En el período de decadencia, las crisis duran largo tiempo y los éxitos son momentáneos, superficiales, y están basados en la especulación. En las horas de estancamiento, las oscilaciones se producen alrededor de un mismo nivel.

He aquí, pues, cómo se determina el estado general del capitalismo, según el carácter particular de su respiración y de su pulso.

El boom de postguerra

Después de la guerra se creó una situación económica indefinida. Pero, a partir de la primavera de 1919, comenzó el boom: los mercados de valores se pusieron activos (los precios subieron con la rapidez de una columna de mercurio en el agua hirviendo). ¿La industria? Siguió bajando en el Centro, en el Este y en el Sudeste de Europa, como lo prueban las cifras antedichas. En Francia, gracias al saqueo de Alemania, tuvo lugar una cierta mejoría. En Inglaterra, en parte estancamiento, en parte depresión, con la sola excepción de su flota comercial, cuyo tonelaje aumentó en la misma proporción en que bajaba el comercio. Entonces, el boom en Europa tuvo en general un carácter semificticio y especulativo, que fue el índice no del progreso, sino, por el contrario, de una nueva baja de la economía. En los Estados Unidos, después de la guerra, disminuyó la industria de guerra, hasta que se transformó en industria de paz. Puede comprobarse un resurgimiento en la industria del carbón, del petróleo, de los automóviles y de la construcción naval.

El camarada Varga, en su magnífico folleto, observa con justicia: *“Que el boom de postguerra ha tenido carácter especulativo se comprueba del modo más sencillo con el ejemplo de Alemania. Mientras los precios en un año y medio se septuplicaron, la industria alemana retrocedió... Su oportunidad era favorable a la venta: el resto de los stocks en el mercado interno se exportaba al extranjero a precios que desafiaban toda competencia.”*

El alza más considerable de los precios tuvo lugar en Alemania, donde la industria continuaba descendiendo. Los precios aumentaron menos en los Estados Unidos, cuya industria seguía levantándose. Entre Alemania y los Estados Unidos se sitúan Francia e Inglaterra.

¿Cómo se realiza, cómo se explica el boom? En primer término, por causas económicas: las relaciones internacionales han sido reanudadas, aunque en proporciones restringidas, y por todas partes observamos demandas de las mercancías más variadas. En segundo término por causas político-financieras: los gobiernos europeos sintieron un

miedo mortal por la crisis que se produciría después de la guerra, y recurrieron a todas las medidas para sostener el boom artificial creado por la guerra durante el período de desmovilización. Los gobiernos continuaron poniendo en circulación papel moneda en gran cantidad, lanzándose en nuevos empréstitos, regulando los beneficios, los salarios y el precio del pan, cubriendo así una parte de los salarios de los obreros desmovilizados, disponiendo de los fondos nacionales, creando una actividad económica artificial en el país. De este modo, durante todo este intervalo, el capital ficticio seguía creciendo, sobre todo en los países cuya industria bajaba.

No obstante, el boom ficticio de postguerra ha tenido serias consecuencias políticas: puede decirse, fundadamente, que ha salvado a la burguesía. Si los obreros desmovilizados hubieran tenido que sufrir, desde el principio, el desempleo, el decaimiento del nivel de vida comparado con el de antes de la guerra, los resultados hubieran sido fatales para la burguesía. El profesor inglés Edwin Cannan escribió sobre esto en un balance de fin de año, en el *Manchester Guardian*: “*La impaciencia de los hombres que vuelven del campo de batalla es muy peligrosa*”, y explica juiciosamente la transición favorable a través del período más grave de la postguerra (1919), por el hecho que el gobierno y la burguesía, a través de esfuerzos conjuntos, pospusieron y demoraron la crisis, creando una prosperidad artificial mediante la ulterior destrucción del capital europeo básico.

“Si [dijo Cannan] *la situación económica de enero de 1919 hubiera sido igual a la de 1921, la Europa occidental podría haber caído en el caos.*” La fiebre de la guerra duró aún un año y medio y la crisis no comenzó hasta que la masa de los obreros y de los campesinos desmovilizados se había dispersado en el país.

La crisis actual

Habiendo llegado al fin de la desmovilización y resistido el primer choque de las masas obreras, la burguesía después de un momento de pánico y desorden, recobró su confianza. Parece que solamente a partir de este momento empezaba una época de gran prosperidad que no tendría fin. Los representantes más notables de la política y de las finanzas inglesas, propusieron un empréstito internacional de dos mil millones de libras para los trabajos de reconstrucción. Se creía que sobre Europa iba a caer una lluvia de oro, para crear una prosperidad universal. De este modo, la ruina de Europa, la destrucción de las ciudades y los pueblos se cambiaba, gracias a la cifra fabulosa del empréstito, en riqueza, aunque esta cifra por sí misma no fuese sino el símbolo de la miseria. Sin embargo, la realidad obligó a la burguesía a abandonar enseguida sus fantasías. Ya he dicho de qué forma empezó la crisis en Japón (mes de marzo), en Estados Unidos (abril) y se extendió enseguida a Inglaterra, Francia, Italia y, en la segunda mitad del año, al mundo entero. De cuanto se ha dicho hasta ahora se deduce que no asistimos en este momento a simples fluctuaciones en el curso de un ciclo industrial recurrente sino al arreglo de cuentas relativo a los gastos y ruinas de la guerra y de la postguerra.

En 1913 las importaciones netas de todos los países se calculaban entre 65 y 70 mil millones de marcos oro. En esa suma, la parte de Rusia era de dos mil quinientos millones, la de Austria-Hungría de tres, la de los países balcánicos de uno, la de Alemania de once. Constituían, pues, las importaciones, de la Europa Central y Oriental el cuarto de las del mundo entero. Actualmente todos esos países importan menos de la quinta parte de lo que importaban antes de la guerra. Las cifras caracterizan suficientemente la capacidad de compra que hoy tiene Europa.

¿Cuáles son las perspectivas económicas inmediatas?

Es evidente que América se verá obligada a disminuir su producción, no teniendo la posibilidad de reconquistar el mercado europeo de antes de la guerra. Por otro lado, Europa no podrá reconstruir sus regiones más devastadas ni las ramas más importantes de su industria. Por cuya razón asistiremos en el futuro a un retorno penoso al estado económico de antes de la guerra, y a una dilatada crisis: al marcado estancamiento en algunos países y en ramas de las industrias particulares; en otros, a un desarrollo muy lento. Las fluctuaciones cíclicas seguirán teniendo lugar, pero en general, la curva del desarrollo capitalista no se inclinará hacia arriba sino hacia abajo.

Crisis, boom y revolución

La relación recíproca entre el boom y la crisis en la economía y el desarrollo de la revolución es de gran interés para nosotros no sólo desde el punto de vista de la teoría sino desde el práctico. Muchos de ustedes recordarán que Marx y Engels, escribieron en 1851 (cuando el boom estaba en su cima), que era necesario reconocer en ese momento que la revolución de 1848 había terminado o al menos había sido interrumpida hasta una nueva crisis. Engels escribió que la crisis de 1847 era la madre de la revolución y que el boom de 1849-1851 había favorecido la marcha victoriosa de la contrarrevolución. A pesar de todo, sería sin embargo, falso e injusto interpretar estos juicios en el sentido de que una crisis invariablemente engendra una acción revolucionaria y que los booms, en cambio, pacifican a la clase obrera. La revolución de 1848 no nació de la crisis; ésta no le prestó más que su impulso. En realidad, la revolución fue provocada por la contradicción entre las necesidades del desarrollo capitalista y las cadenas que el Estado político y social semifeudal le habían impuesto. La revolución de 1848, parcial e indecisa, borró sin embargo las últimas huellas del régimen de servilismo y de gremios y ensanchó el límite del desarrollo capitalista. Únicamente en estas condiciones pudo ser considerado el boom de 1851 como el principio de un crecimiento capitalista prolongado hasta el año 1873. ¿Puede alcanzarse el mismo resultado a partir del ascenso económico de 1919-1920? No. Ningún ensanchamiento del límite del desarrollo capitalista entra en cuenta. ¿Quiere esto decir entonces que en el futuro se halla excluido todo boom comercial-industrial? ¡De ninguna manera! Ya he dicho que en tanto el capitalismo sigue vivo, continua inhalando y exhalando. Pero durante el período en que hemos ingresado, período de retribuciones por la destrucción y la ruina de la guerra, período de regreso al viejo estado económico, todo resurgimiento tiene que ser superficial, puesto que será provocado por la especulación, mientras que las crisis serán más largas y profundas.

En tal caso, el restablecimiento del equilibrio capitalista sobre nuevas bases, ¿es posible? Si admitimos por un momento que la clase obrera no se alzaría en una lucha revolucionaria, sino que le daría la oportunidad a la burguesía de dirigir los destinos del mundo durante largos años, digamos dos o tres décadas, entonces, con toda seguridad será restaurado algún tipo de equilibrio. Europa sufrirá retrocesos. Millones de obreros europeos morirán de hambre. Los Estados Unidos tendrán que reorientarse en el mercado mundial, reducir su industria, retroceder durante largo tiempo. Después del establecimiento de nuevas divisiones del trabajo en el mundo por semejante vía dolorosa, en quince, veinte, veinticinco años, acaso pueda comenzar una nueva época del resurgimiento capitalista.

Mas, todo este razonamiento es abstracto y enfoca sólo un aspecto de la cuestión. Presentamos aquí el problema como si el proletariado hubiera cesado de luchar. Sin embargo, no se puede siquiera hablar de esto, aunque sólo sea por la razón

de que las contradicciones de clase se han agravado en extremo precisamente durante los últimos años.

Agudeza de las contradicciones sociales

La evolución económica no es un proceso automático. Hasta aquí he hablado de las bases de producción, pero las cosas no quedan ahí. Sobre estas bases viven y trabajan los hombres, y es para estos hombres para quienes la revolución se realiza. ¿Qué ha ocurrido en el dominio de las relaciones entre los hombres, o mejor dicho, entre las clases? Hemos visto que Alemania y ciertos países de Europa han sido arrojados, en lo que concierne a su nivel económico, a veinte o treinta años atrás. Y desde el punto de vista social, en el sentido de clase ¿han retrocedido también? En absoluto. Las clases, en Alemania, el número de los obreros y su concentración, la organización del capital, todo se desarrolló antes de la guerra gracias a la prosperidad de los últimos años, y este desenvolvimiento hace progresos aún: durante la guerra, a consecuencia de la intervención del Estado, y después de la guerra a causa de la fiebre de especulación y del cúmulo de capitales. Asistimos a dos procesos de la evolución económica: la riqueza nacional y las rentas nacionales disminuyen, mientras que el desarrollo de las clases aumenta. El número de proletarios aumenta, los capitales se concentran en cada vez menos manos, las bancas se fusionan, las empresas industriales se concentran en trusts. Todo lo cual determina que se haga inevitable la lucha de clases, cada vez más aguda, como resultado de la reducción de las rentas nacionales. Cuanto más se restrinja la base material, más crecerá la lucha entre las clases y los diferentes grupos por el reparto de las rentas nacionales. No hay que olvidar nunca esta circunstancia. Si Europa, en relación con sus riquezas nacionales, ha retrocedido treinta años, eso no quiere decir que se haya rejuvenecido treinta años. Por el contrario, se ha arruinado como si fuera treinta años más vieja, y desde el punto de vista de la lucha de clases ha envejecido trescientos años. Así, pues, se ofrecen las relaciones entre el proletariado y la burguesía.

Los campesinos

Se dijo en el primer período de la guerra que ésta enriquecía a los campesinos del mundo europeo. En efecto, el Estado tenía extrema necesidad de pan y de carne para su ejército. Por esos productos se pagaban precios locos que subían sin cesar, y los campesinos llenaban sus bolsillos de billetes de banco. Con el papel moneda que cada día se desvalorizaba más, pagaban los labriegos sus deudas contraídas en moneda de oro. Verdaderamente, ésta era para ellos una operación ventajosa.

Los economistas burgueses pensaron que tal prosperidad de la economía campesina aseguraría, después de la guerra, la estabilidad del capitalismo. Pero se equivocaron. Los campesinos liquidaron sus hipotecas, mas la economía agrícola no consiste en pagar al banco cuanto se le debe. Consiste, además, en trabajar la tierra, en abonarla, en acrecentar el material de labranza, en recoger buenas cosechas, en mejorar la técnica, etc. Todo lo cual, o no se ha hecho, o ha costado muchísimo dinero. Por otra parte, la mano de obra faltaba, la agricultura decrecía, y después de un momento de prosperidad semificticia, los campesinos comenzaron a arruinarse. Este fenómeno se comprueba, aunque en diferentes proporciones, en toda Europa y sobre todo, en América. Los agricultores americanos, canadienses, sudamericanos y australianos comenzaron a sufrir terriblemente a partir del día en que se dieron cuenta que Europa, arruinada, ya no podía comprarles trigo. El precio del trigo bajó. Cierta mar de fondo se

comenzó a notar entre los agricultores, y pasó a propagarse al mundo restante. Así fue cómo el campesino cesó de ser el mantenedor del orden. La clase obrera tiene la posibilidad de arrastrar con ella a la lucha a una parte de los campesinos (campesinos pobres), y de neutralizar a otra (campesinos medios), y de aislar y paralizar a los campesinos ricos.

Una nueva clase media

Los reformistas habían contado mucho con la llamada clase media. Los ingenieros, los técnicos, los médicos, los abogados, los contadores, los empleados, los funcionarios, etc., forman una capa social media conservadora entre el capital y el trabajo, y que, siguiendo a los reformistas, está destinada a reconciliar a las dos partes y a dirigir, al mismo tiempo que sostener, el régimen democrático.

Durante la guerra, y después de ella, esta clase sufrió casi más que los obreros; es decir, que el nivel de su vida ha bajado más que el de la clase obrera. La disminución del poder de compra del dinero, la desvalorización del papel moneda, es la causa principal de tal estado de cosas. En todos los países de Europa apareció un gran descontento entre los pequeños y medianos funcionarios, como entre los intelectuales técnicos. En Italia, por ejemplo, tiene ahora lugar una huelga de funcionarios. Evidentemente los funcionarios, empleados de banco, etc., no constituyen una clase proletaria, pero sí han perdido su antiguo carácter conservador. No sostienen el Estado, mientras que otros quebrantan y minan su organización gracias a su descontento y a sus protestas.

El descontento de los intelectuales burgueses crece aún por culpa de sus ligaduras con la pequeña y mediana burguesía industrial y comercial. Esta última se siente frustrada y perdida. La alta burguesía, unida en sus trusts, continúa enriqueciéndose a pesar de la ruina del país. Se apodera de una parte cada vez más grande de las rentas nacionales, que disminuyen cada día más. La burguesía ajena a los trusts y la moderna clase media, declinan también.

En lo que concierne al proletariado, es muy probable que, a pesar de la baja del nivel de su existencia, la parte general que sobresale sobre la renta nacional declinante sea mayor ahora que antes de la guerra. En cuanto al obrero, no se preocupa de las estadísticas, pero se interesa de la baja del nivel de su existencia y se esfuerza en aumentar su parte del ingreso nacional. Así los campesinos están descontentos de la decadencia de la economía agrícola; los intelectuales se arruinan; la burguesía (mediana y pequeña) está arruinada e irritada. La lucha de las clases se hace más aguda.

Las relaciones internacionales

Las relaciones internacionales juegan un papel muy importante en la vida del mundo capitalista, el cual lo ha notado claramente durante la guerra mundial. En este momento, cuando abordamos la cuestión de saber si el capital está o no en vías de restablecer su equilibrio mundial, es preciso que veamos en qué condiciones internacionales se produce este trabajo de reconstrucción. No es difícil convencerse de que las relaciones internacionales se volvieron mucho menos adaptadas al desarrollo “pacífico” del capitalismo, de lo que eran antes de la guerra.

¿Por qué estalló la guerra? Porque las fuerzas productivas se sentían oprimidas en los límites de los estados capitalistas más potentes. La tendencia del capital imperialista consistía en suprimir las fronteras políticas y apoderarse de toda la tierra; suprimir las aduanas, los tabiques que detenían el progreso de las fuerzas productoras.

Tal es la base económica del capitalismo y tales han sido las causas de la guerra. ¿Y el resultado? Europa es ahora más rica en fronteras y en aduanas de lo que jamás fue. Se ha fundado un gran número de pequeños estados. Una docena de líneas aduaneras atraviesan hoy el territorio de la ex Austria-Hungría. El inglés Keynes llamó a Europa casa de locos, y en efecto, desde el punto de vista del progreso económico, toda esta novedad de pequeños Estados que la reducen, con su sistema de aduanas, etc. se presenta como un monstruoso anacronismo, como una absurda incursión de la Edad Media en el siglo XX. En el momento en que la península balcánica recae en el estado de barbarie, Europa se balcaniza.

Las relaciones entre Alemania y Francia excluyen, como en el pasado, la posibilidad de cualquier equilibrio europeo. Francia está obligada a robar y violentar a Alemania para mantener su equilibrio de clases, al que la “agotada base” de la economía francesa no corresponde. Alemania no puede ni podrá ser víctima de semejante trama. Actualmente, cierto, se ha llevado a cabo un acuerdo. Alemania se ha comprometido a pagar anualmente dos mil millones de marcos oro, y, además, el 26% sobre sus exportaciones. Tal acuerdo representa una gran victoria de la política inglesa, que quiere impedir la ocupación del Ruhr por los franceses. La mayor parte del hierro europeo se encuentra hoy en manos de Francia. La mayor cantidad de carbón entre las de Alemania. La reunión del hierro francés con el carbón alemán constituye una condición primordial del renacimiento económico de Europa; mas, semejante reunión, absolutamente precisa para el desarrollo de la producción, constituye un peligro de muerte para el capitalismo inglés. Y es porque todos los esfuerzos de Londres tienden a impedir la aproximación pacífica o violenta, del mineral francés y el carbón alemán.

Francia aceptó provisionalmente el compromiso, tanto más cuanto su organización productora estaba desorganizada y ella era hasta incapaz de utilizar la cantidad de carbón que Alemania estaba obligada a proporcionarle. Sin embargo, nada de esto quiere decir que el problema del Ruhr esté resuelto definitivamente. A la primera falta de Alemania en lo que atañe a sus obligaciones, la suerte del Ruhr saldría fatalmente a escena. La influencia de Francia en Europa y, hasta cierto punto, en el mundo entero, aumentó en el transcurso del año último, lo cual no se explica por el refuerzo de la potencia francesa, sino por el evidente y progresivo debilitamiento de Inglaterra.

Gran Bretaña ha vencido a Alemania, última cuestión resuelta por la gran guerra. Y la guerra fue, por su misma esencia, europea, no universal; aunque la lucha habida entre dos de los más poderosos estados (Inglaterra y Alemania) se haya realizado con la participación de las fuerzas y medios guerreros de todo el mundo, Inglaterra venció a Alemania. No obstante, ahora, en el mercado mundial y en relación con la situación universal, Inglaterra es más débil que antes de la guerra. Los Estados Unidos se han reforzado a expensas de Inglaterra mucho más que Inglaterra a las de Alemania. América vence a Inglaterra, también, por el carácter más racional y progresivo de su industria. La productividad del trabajo del obrero americano es superior en 150% a la del obrero inglés. Dicho de otro modo: dos obreros americanos, gracias a la organización más perfecta de la industria, producen tanto como cinco ingleses. Tal hecho, atestiguado por las estadísticas inglesas, prueba que Inglaterra, en su lucha con América, está condenada de antemano, lo cual basta para poner en guerra a ambas naciones, aunque la flota inglesa conservara la supremacía de los mares.

El carbón americano sustituye al carbón inglés en el mundo entero, y hasta en Europa. Sin embargo, el comercio mundial de Inglaterra se basa, ante todo, en la exportación de carbón. Por otra parte, el petróleo se convierte en un factor decisivo de la industria y de la defensa: no sólo impulsa los automóviles, tractores, submarinos,

aeroplanos, sino que representa ya, como fuerza motriz, una ventaja enorme sobre el carbón para los grandes navíos. Los Estados Unidos son los que suministran el 70% del petróleo absorbido por el universo. Así, en caso de guerra, todo este petróleo estaría a la disposición del gobierno de Washington. Además, América dispone también del petróleo mexicano, que representa el 12% de la producción mundial. Verdad es que los americanos acusan a Inglaterra de haber concentrado en sus manos, fuera de las fronteras estadounidenses, hasta el 90% de las fuentes mundiales de petróleo, rehusando el acceso a los americanos, mientras que las fuentes americanas (según ellos) se agotarán en algunos años. Los datos geológicos y estadísticos son demasiado arbitrarios y dudosos. Se establecen por encargo, a fin de justificar las pretensiones de América sobre el petróleo de México, de la Mesopotamia, etc. Si, a pesar de todo, el peligro de agotamiento de las fuentes americanas fuera real, ésta sería una de las razones que precipitaría la guerra entre Inglaterra y los Estados Unidos. El problema de las deudas de Europa a América se hace muy agudo. Tal deuda se calcula en 18 mil millones de dólares. Los Estados Unidos siempre pueden crear las mayores dificultades al mercado financiero inglés, exigiendo el pago de sus créditos. Como se sabe, Inglaterra misma propuso a América renunciar a su crédito inglés, prometiéndole, a su vez, anular las deudas de sus deudores sobre los mercados europeos. Como la deuda de Inglaterra a América era superior a la de los países continentales de la Entente (aliados a Inglaterra), ésta habría obtenido un gran beneficio de semejante transacción. Pero América rehusó.

No será difícil comprender que los capitalistas yanquis no se hayan mostrado propicios para atender con sus fondos los preparativos de guerra de Gran Bretaña con los Estados Unidos.

El acuerdo de Inglaterra con el Japón, que lucha con América por la supremacía sobre el continente asiático, envenena también de modo extraordinario las relaciones entre América e Inglaterra.

Pero ésta es la cuestión de la flota de guerra, que presenta, visto lo antedicho, un carácter sumamente espinoso. El gobierno Wilson, habiendo hallado en los problemas mundiales resistencia por parte de Inglaterra, estableció un programa gigantesco de construcciones navales. El gobierno Harding heredó el programa de su predecesor, y lo ejecutó plenamente. En 1924, la flota de los Estados Unidos será no solamente más poderosa que la inglesa, si no por su tonelaje, al menos por su valor de combate, y será superior a las de Inglaterra y del Japón juntas.

¿Qué significa esto desde el punto de vista inglés? Inglaterra no tendrá más remedio que aceptar la provocación antes de 1924 y ensayar la destrucción de la potencia militar, marítima y económica de los Estados Unidos, aprovechando su actual superioridad, o quedarse quieta y convertirse poco a poco en una potencia de segunda o tercera categoría, cediendo definitivamente a los Estados Unidos el dominio sobre los mares. Así, la última guerra de los pueblos, que ha “resuelto” a su manera la cuestión europea, ha señalado a la vez en toda su amplitud el problema mundial: a saber ¿quién dominará el mundo, Inglaterra o los Estados Unidos? Los preparativos para una nueva guerra mundial se hacen a toda marcha. Los gastos para ejército y armada se han aumentado enormemente con relación a los de antes de la guerra. El presupuesto militar inglés se ha triplicado, el de América ha aumentado tres veces y media.

El primero de enero de 1914, en el momento de mayor tensión de la “paz armada”, había siete millones de soldados en el mundo entero. Al principio de 1921, había once. El grueso de estos ejércitos constituye, evidentemente, la carga que Europa, agotada, se ve obligada a llevar.

La aguda crisis, consecuencia de la estrechez del mercado mundial, hace sumamente áspera la lucha entre los Estados capitalistas, trastornando el equilibrio de

las relaciones internacionales. No es Europa sola, es el mundo entero quien deviene en casa de locos. En tales condiciones, no se puede hablar de restablecimiento del equilibrio capitalista.

La clase obrera después de la guerra

Inmediatamente después de la guerra, se encontraba la burguesía desamparada y espantada en el grado más alto; en cuanto a los obreros, sobre todo los que volvían del ejército, estaban dispuestos a colocar bien altas sus reivindicaciones. Mas la clase obrera, en conjunto, estaba desorientada y no sabía con exactitud cómo se arreglaría la vida después de la guerra, qué reivindicaciones podrían obtenerse, qué vía sería conveniente seguir... El movimiento, conforme vimos al principio, tenía un carácter tempestuoso. Pero la clase obrera adolecía de falta de dirección firme. Por otro lado, la burguesía estaba dispuesta a hacer grandes concesiones. Continuaba el régimen financiero y económico de guerra (empréstitos, inflaciones fiduciarias, monopolio de trigos, seguros contra el paro, etc.) o, en otros términos, la burguesía dirigente continuaba desorganizando sus cimientos económicos y destruyendo cada vez más el equilibrio de la producción y de las finanzas, para sostener, el equilibrio entre las clases durante el período más peligroso. Hasta aquí, más o menos, lo consiguió.

Ahora pasa a la solución del problema relativo al restablecimiento del equilibrio económico. No se trata ya de concesiones ni de limosnas a la clase obrera, sino de medidas de carácter fundamental. Es necesario reconstruir la organización de la producción. Hay que devolver al dinero su valor, pues no se puede pensar en el mercado mundial sin poseer un equivalente que tenga valor universal, y, en consecuencia, no se puede pensar en una industria mundial “equilibrada”, ligada al mercado universal.

Reconstruir la organización productiva, lo cual quiere decir: disminuir el trabajo destinado a la fabricación de objetos de uso corriente, y aumentar el esfuerzo destinado a nutrir los medios de producción. Hay que aumentar los stocks, es decir, intensificar el trabajo y disminuir los salarios.

Para restablecer el valor del dinero no basta rehusar el pago de las deudas exorbitantes; hay que mejorar el balance comercial, o sea, importar menos y exportar más. Y para alcanzar este fin, hay que consumir menos y producir más; lo que se traduce por reducir los salarios y realizar el trabajo más intenso.

Cada paso que conduce hacia la reconstrucción de la economía capitalista está unido al aumento de la explotación y, en consecuencia, provocará fatalmente una resistencia por parte de la clase obrera. Dicho de otra manera: cada esfuerzo de la burguesía tendiendo a restablecer el equilibrio de la producción, de la distribución, de las finanzas del estado, compromete fatalmente el inestable equilibrio de las clases. Si durante dos años después de la guerra, la burguesía tendía, ante todo, en su política económica, a calmar al proletariado, aun al precio de la desorganización de su economía, hoy, al contrario, en el momento de una crisis desconocida hasta este día, comienza a mejorar su situación económica, oprimiendo cada vez más a la clase obrera.

En Inglaterra es en donde percibimos más diáfana la resistencia que provoca tal agresión. Y la resistencia de la clase obrera destruye la estabilidad del régimen económico y hace vanas todas las veleidades del restablecimiento del equilibrio.

Ciertamente, la lucha del proletariado por el poder se prolonga. No parece un asalto general, no presenta el aspecto de una ininterrumpida serie de olas que suben cada vez más altas y de las cuales la última barre el régimen capitalista.

En esta lucha hemos observado altibajos, ataques y defensas. Las maniobras de clase, por nuestra parte, no han sido hábiles siempre. Por dos motivos: en primer lugar, la debilidad de los partidos comunistas fundados después de la guerra, que carecían de la experiencia necesaria, de la organización indispensable y de la influencia precisa (lo más importante), no sabían cómo llamar la atención de las masas obreras. No obstante, hemos adelantado mucho en este terreno en estos últimos años. Los partidos comunistas se han esforzado y progresado. La segunda razón del carácter prolongado y desigual de la lucha está en la composición heterogénea de la misma clase obrera tal cual salió de la guerra.

La guerra no ha quebrantado mucho a las burocracias obrera, sindical, política y parlamentaria. Los gobiernos capitalistas de todos los países tomaron una actitud muy cuidadosa e indulgente hacia esta superestructura obrera, comprendiendo perfectamente que, sin ella, no podrían asegurarse la sumisión de la clase obrera durante los años sangrientos. La burocracia obrera tenía todos los privilegios, y salió de la guerra con las mismas costumbres de conservadurismo obtuso con que entrara, aún más comprometida y estrechamente ligada a los estados capitalistas. Los obreros calificados de la antigua generación, habituados a sus organizaciones sindicales y políticas, sobre todo en Alemania, constituyen para la mayoría, aún hoy, el sostén de la burocracia obrera; pero su inercia no es absoluta. Los obreros que pasaron por la escuela de la guerra y son el corazón mismo de la clase obrera, aportaron al proletariado una nueva psicología, nuevas costumbres y una nueva concepción de la lucha, la vida y la muerte. Se hallan dispuestos a resolver el problema por la fuerza; pero aprendieron en la batalla que la aplicación eficaz de la fuerza supone táctica y estrategia bien ordenadas. Esos elementos irán al combate, pero lo que quieren es una dirección firme y una preparación seria. Varias categorías de obreros atrasados, entre ellos los que tanto han aumentado durante la guerra, en el presente se han convertido (a causa del brusco cambio de conciencia) en la parte más combativa, aunque no siempre la más consciente de la clase obrera. Finalmente, vemos en la extrema izquierda a la juventud obrera, que ha pugnado durante la guerra por el derrotismo empujando las sacudidas revolucionarias y que está llamada a ocupar un gran puesto en la próxima lucha.

Toda esta masa proletaria (considerablemente acrecentada) de obreros veteranos y nuevos reclutas obreros, de los que permanecieron en la retaguardia y de los que pasaron algunos años bajo fuego; toda esta masa que se cuenta en numerosos millones, pasa por la escuela revolucionaria de manera determinada y en horas distintas.

Hemos visto de nuevo, a través del ejemplo de los acontecimientos de marzo en Alemania, que los obreros del centro (que constituían antes de la guerra el elemento más atrasado) se lanzaban a la batalla, sin preguntarse si la lucha les reportaría victorias; en tanto que los de Berlín o Sajonia, habiendo llegado a adquirir la experiencia en la época de los combates revolucionarios, han sido más prudentes. Lo cierto es que la marcha general de la lucha después de la guerra, y sobre todo la ofensiva actual del capital, une a todas las capas de la clase obrera, salvo su aristocracia privilegiada. El Partido Comunista adquiere así, cada día más, la posibilidad de establecer el frente único genuino de la clase obrera.

Perspectivas y tareas inmediatas

Existen tres fuentes de la revolución ligadas entre sí.

La primera, la decadencia de Europa. El equilibrio de las clases en Europa tenía por base, ante todo, la supremacía de Inglaterra sobre el mercado mundial. Hoy perdió definitivamente esta supremacía para no reconquistarla jamás. He aquí por qué son

inevitables las poderosas sacudidas revolucionarias que acabarán, bien en la victoria del proletariado, bien la decadencia completa de Europa.

La segunda fuente de lucha revolucionaria son las profundas turbulencias que trastornan al organismo económico de los Estados Unidos: un boom sin precedentes fue provocado por la guerra europea, seguido de una honda crisis nacida de las prolongadas consecuencias de semejante guerra. El movimiento revolucionario del proletariado americano puede, en estas condiciones, adquirir la misma velocidad, también desconocida hasta hoy en la historia, que caracteriza el desarrollo económico de los Estados Unidos en estos últimos años.

La tercera fuente de la lucha revolucionaria es la industrialización de las colonias, sobre todo de las India. La base para las luchas de liberación de las colonias está constituida por las masas campesinas. Pero los campesinos en su lucha necesitan una dirección. Esta dirección solía ser la burguesía nativa. Sin embargo, la lucha de esta última contra la dominación imperialista extranjera no puede ser ni consistente ni enérgica en la medida en que la burguesía nativa misma está íntimamente ligada al capital extranjero, y representa en gran parte un agente del capital extranjero. Sólo la aparición de un proletariado lo suficientemente fuerte numéricamente, presto al combate, constituye la verdadera palanca de la revolución. El proletariado indio no es numeroso, en relación a la población del país; pero cuando haya comprendido el sentido del desarrollo de la revolución en Rusia, se dará cuenta que el papel revolucionario del proletariado en los países de Oriente será mucho más importante de lo que su número hace esperar. Ello concierne no solamente a los países puramente coloniales como la India, o semicoloniales como China, sino también al Japón, donde la opresión capitalista marcha paralela con el absolutismo feudal y burocrático de castas. Así también, la situación mundial, tanto como las perspectivas futuras, tienen un carácter profundamente revolucionario.

Cuando la burguesía recurrió a las limosnas para la clase obrera después de la guerra, los colaboracionistas transformaron esas limosnas en reformas (jornada de ocho horas, seguro contra la desocupación, etc.) y descubrieron entre las ruinas una era de reformismo. Actualmente, la burguesía pasa a la contraofensiva en toda la línea, hasta el extremo de que un órgano archicapitalista inglés, el *Times*, comienza a hablar con espanto de los “bolcheviques” capitalistas. La época actual es la del contrarreformismo. El pacifista inglés, Norman Angell, llama a la guerra “falso cálculo”. La experiencia de la última muestra, en efecto, que el cálculo, desde el punto de vista de la contabilidad, era falso. Jamás estuvo la humanidad capitalista tan preparada como hoy para una guerra. La ilusión de la democracia se hace evidente hasta para las fracciones más conservadoras de la clase obrera. No hace mucho tiempo se solía oponer a la democracia sólo la dictadura del proletariado con su terror, con su cheka, etc. Hoy, la democracia se opone, cada vez más, a todas las formas de la lucha de clases. Lloyd George propuso a los mineros que hicieran sus reclamos ante el parlamento, y declaró que su huelga era una violencia contra la voluntad nacional.

Bajo el régimen de los Hohenzollern, los obreros alemanes encontraban cierta certeza, ciertos límites determinados en su acción; en general, sabían lo que podían o no hacer. En la república de Ebert, el obrero huelguista se arriesga siempre a ser estrangulado, ni más ni menos, ya en la calle, ya en un calabozo de tortura de la policía. En el orden político, la “democracia” da a los obreros alemanes tanto como en el económico al pagarle altos salarios ¡en papeles sin valor!

La tarea del Partido Comunista consiste en captar la situación existente en su totalidad, participar activamente en la lucha emprendida por la clase obrera, a fin de conquistar, durante tal lucha, la mayoría de esta clase. Si la situación en cualquier país,

se hace extremadamente crítica, estamos obligados a enfocar las cuestiones fundamentales de la manera más intransigente y a combatir en el estado en que los acontecimientos nos encuentren. Sin embargo, si los acontecimientos se desarrollan de modo regular, debemos aprovechar todas las posibilidades para tener con nosotros a la mayoría de la clase obrera antes de los acontecimientos decisivos.

En este momento, durante la lucha económica defensiva determinada por la crisis, los comunistas deben desempeñar un papel muy activo en todos los sindicatos, en todas las huelgas y acciones, en todos los movimientos, siempre manteniendo su unidad interna inquebrantable en su trabajo, y siempre dando un paso al frente como el ala más resuelta y mejor disciplinada de la clase obrera. La lucha económica defensiva puede extenderse como resultado del curso de las crisis y de los giros en la situación política, arrastrando nuevas fracciones de la clase obrera, de la población y del ejército de desocupados, y después de haberse transformado, en cierto momento, en lucha revolucionaria ofensiva, puede ser coronada con la victoria. Hacia tal fin deben tender todos nuestros esfuerzos.

Mas ¿y si después de la crisis mejora la situación? ¿Significaría eso que la lucha revolucionaria se detendría indefinidamente?

De todo mi informe, camaradas, se deduce que un nuevo ascenso, que no puede ser ni prolongado ni profundo, de ninguna manera podrá actuar como un freno al desarrollo revolucionario. El boom industrial de los años 1849-1851 le asestó un golpe a la revolución, sólo porque la revolución de 1848 había extendido los límites del desarrollo capitalista. En cuanto a los acontecimientos de 1914-1921, no sólo no han ensanchado el mercado mundial, sino, por el contrario, lo han restringido, de suerte que la curva del progreso capitalista marcará, en este tiempo, tendencia a bajar. En tales condiciones, un boom temporario no puede menos que fortalecer la autoconfianza de clase obrera, y fusionar sus filas no sólo en las fábricas sino también en sus luchas, dando impulso no sólo a su contraofensiva económica sino también a su lucha revolucionaria por el poder.

Se nos presenta la situación cada vez más favorable, aunque también más compleja. No obtendremos la victoria automáticamente. El terreno está temblando bajo los pies de nuestro enemigo; pero el enemigo es fuerte y ve muy bien nuestros flancos débiles; sabe maniobrar según fríos cálculos. Es preciso que aprendamos mucho, nosotros, la Internacional Comunista entera, de la experiencia de nuestras luchas en los últimos tres años, sobre todo de la experiencia de nuestros errores y fracasos. La guerra civil exige maniobras políticas, tácticas y estratégicas; exige que se tengan en cuenta las peculiaridades de cada situación dada, los lados fuertes y débiles del enemigo; exige una combinación de entusiasmo con el cálculo frío; exige que se sepa marchar adelante y retroceder previsoramente para economizar las fuerzas, a fin de dar golpes más certeros al enemigo.

Lo repito: la situación mundial y las perspectivas futuras son profundamente revolucionarias. Esto crea las premisas necesarias para nuestra victoria. Sólo nuestra táctica hábil y nuestra poderosa organización pueden darnos plena garantía. Elevar la Internacional Comunista a un nivel más alto, hacerla más experta desde el punto de vista de la táctica, ésta es la tarea esencial del III Congreso de la Internacional Comunista.

Una escuela de estrategia revolucionaria⁴

Agosto de 1921

Las premisas materiales de la revolución

Camaradas, la teoría del marxismo ha determinado las condiciones y leyes de la evolución histórica... En lo que atañe a las revoluciones, la teoría de Marx, escrita por la pluma misma de Marx, en el prefacio de su obra, *Contribución a la crítica de la economía política*, establece a priori la siguiente conclusión:

“Ninguna formación social desaparece antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben dentro de ella, y jamás aparecen nuevas y más altas relaciones de producción antes de que las condiciones materiales para su existencia hayan madurado en el seno de la propia sociedad antigua.”

Esta verdad fundamental para la política revolucionaria conserva hoy, para nosotros, su indudable valor directriz. Sin embargo, más de una vez se ha comprendido al marxismo de un modo mecánico y simplista, falso por lo tanto. Además, se pueden sacar falsas conclusiones de la proposición arriba citada. Marx dice que un régimen social debe desaparecer cuando las fuerzas de producción (la técnica, el poder del hombre sobre las fuerzas naturales) no pueden ya desenvolverse en los límites de ese régimen. Desde el punto de vista del marxismo la sociedad histórica, tomada como tal, constituye una organización colectiva de los hombres que tienen como fin el acrecentamiento de su poder sobre el de la naturaleza. Este fin, naturalmente, no se les ha impuesto a los hombres sino que son ellos mismos los que, en el curso de su evolución, luchan por alcanzarlo, adaptándose a las condiciones objetivas del medio y aumentando cada día su poder sobre las fuerzas elementales de la naturaleza. Siguiendo la proposición, vemos que las condiciones necesarias para una revolución (para una revolución social profunda, y no para golpes de estado, por sangrientos que sean), revolución que remplace a un régimen económico por otro, nacen solamente a partir del momento en que el régimen social antiguo comienza a trabar el progreso de las fuerzas de producción. Esta proposición no significa sólo que el antiguo régimen resbalará infaliblemente y por su propio impulso, cuando se haya hecho reaccionario, desde el punto de vista económico, es decir a partir del momento en que empieza a trabar el desarrollo de la potencia técnica del hombre. De ninguna manera, pues si las fuerzas de producción constituyen la potencia motriz de la evolución histórica, esta evolución, sin embargo, no se produce fuera de los hombres, sino por medio de los hombres. Las fuerzas productivas, el poder del hombre social sobre la naturaleza, se acumulan independientemente de la voluntad de cada hombre por separado, y depende sólo en parte de la voluntad general de los hombres de hoy, pues la técnica representa un capital ya acumulado que nos ha sido legado por el pasado, y que, si nos coloca en situación avanzada, en cierta manera también nos retiene. No obstante, cuando estas fuerzas de producción, esta técnica comienza a sentirse estrechas en los límites de un régimen de esclavitud, de servidumbre o, bien, de un régimen burgués, y cuando un cambio de formas sociales se hace necesario para la ulterior evolución del poder humano, entonces se produce la evolución, no por sí misma, como una salida o puesta de sol, sino gracias a la acción humana, gracias a la lucha conjunta de los hombres reunidos en clases.

⁴ Tomado de: [Una escuela de estrategia revolucionaria](#).

La clase social que dirigía la antigua sociedad, convertida en reaccionaria, debe ser remplazada por una clase social nueva que aporta el plan de un régimen social nuevo correspondiente a las necesidades del desarrollo de las fuerzas productivas y que está presto a realizar ese plan. Pero no siempre ocurre que aparezca una clase nueva, lo suficientemente consciente, organizada y poderosa, para destronar a los antiguos dueños de la vida y para abrir camino a las nuevas relaciones sociales, en el preciso momento en que el antiguo régimen social reacciona. No ocurre siempre así. Por el contrario, más de una vez ocurrió en la historia que una vieja sociedad se agotara (por ejemplo, el régimen de esclavitud romano y, anteriormente, las civilizaciones de Asia, en las cuales la esclavitud impedía el progreso de las fuerzas productoras), pero en esta sociedad ya desaparecida no existía una clase suficientemente fuerte para anular a los directores y establecer un nuevo régimen, el de servidumbre, que constituía un paso hacia adelante en relación con el antiguo régimen. A su vez, en la servidumbre, no se dispone siempre, en el momento preciso, de la clase nueva (burguesía), dispuesta a abatir el feudalismo y abrir vía franca a la evolución histórica. Más de una vez se ha visto en la historia que cierta sociedad, nación, pueblo, tribu o varios pueblos o naciones que vivían en condiciones históricas análogas, se encuentran ante la imposibilidad de progreso ulterior, en los límites de un régimen económico determinado (de esclavitud o de servidumbre). No obstante, como todavía no existía una nueva clase que hubiera podido dirigirles sobre nuevas vías, esos pueblos, esas naciones, se descomponen; una civilización, un estado, una sociedad, han dejado de existir. Así resulta que la humanidad no ha marchado de abajo a arriba, siguiendo una línea siempre ascendente. No. Ha conocido largos períodos de estancamiento y de recaída en la barbarie. Las sociedades se han educado, alcanzando cierto nivel, pero no han podido sostenerse en las alturas... La humanidad no conserva su puesto; su equilibrio, a causa de las luchas de las clases y de las naciones, es inestable. Si una sociedad no sube, cae, y si no hay clase que pueda educarla, se descompone y cae en la barbarie.

A, fin de comprender este problema tan extremadamente complejo, no bastan, camaradas, las abstractas consideraciones que ante vosotros expuse. Es preciso que los jóvenes camaradas, poco al corriente de estas cuestiones, estudien obras históricas para familiarizarse con la historia de diferentes países y pueblos, en particular con la historia económica. Sólo entonces podrán representarse de manera clara y completa el mecanismo interior de la sociedad. Hay que comprender este mecanismo para aplicar con exactitud la teoría marxista a la táctica. Es decir a la práctica de la lucha de clases.

Los problemas de la táctica revolucionaria

Cuando se trata de la victoria del proletariado, algunos camaradas se representan la cosa del modo más sencillo. En este momento tenemos en el mundo entero tal situación que podemos decir (marxistamente) con absoluta certeza: el régimen burgués espera el fin de su desarrollo. Las fuerzas de producción no pueden progresar en los límites de la sociedad burguesa. Efectivamente, lo que hemos visto en el curso de los diez años últimos es la ruina, la descomposición de la base económica de la humanidad capitalista y una destrucción mecánica de riquezas acumuladas. Actualmente estamos, en plena crisis, crisis aterradora, desconocida en la historia del mundo, y que no es una simple crisis llegada a su hora 'normal' e inevitable en el proceso del progreso de las fuerzas productoras del régimen capitalista; esta crisis marca hoy la ruina y el desastre de las fuerzas productivas de la sociedad burguesa. Acaso concurren todavía ciertos altibajos; pero, en general, como expuse a los camaradas en la misma sala hace mes y medio, la curva del desarrollo económico tiende, a través de todas sus oscilaciones,

hacia abajo, y no hacia arriba. Sin embargo, ¿quiere esto decir que el fin de la burguesía llegará automática y mecánicamente? De ningún modo. La burguesía es una clase viva que ha retoñado sobre determinadas bases económico-productivas. Esta clase no es un producto pasivo del desarrollo económico, sino una fuerza histórica, activa y enérgica. Esta clase ha sobrevivido, o sea que se ha hecho el más terrible freno de la evolución histórica. Lo cual no quiere decir que esta clase esté dispuesta a cometer un suicidio histórico ni que se disponga a decir: “Habiendo reconocido la teoría científica de la evolución que yo soy reaccionaria, abandono la escena.” Evidentemente, ¡esto es imposible! Por otra parte, no es suficiente que el Partido Comunista reconozca a la clase burguesa como condenada y casi suprimida para considerar segura la victoria del proletariado. No. ¡Todavía hay que vencer y tirar abajo la burguesía!

Si hubiera sido posible continuar desarrollando las fuerzas productivas en los marcos de la sociedad burguesa, la revolución no hubiera podido hacerse. Mas, siendo imposible el progreso ulterior de las fuerzas de producción en el límite de la sociedad burguesa, se realizó la condición fundamental de la revolución. Sin embargo, la revolución significa ya, por sí misma, una lucha viva de las clases. La burguesía al contrario de las necesidades de la evolución histórica aún es la clase social más poderosa. Más aún: puede decirse, desde el punto de vista político, que la burguesía espera el máximo de su potencia, de la concentración de sus fuerzas y medios, medios políticos y militares, de mentira, de violencia y de provocación. Es decir el máximo del desarrollo de su estrategia de clase en el mismo instante en que más amenazada está de su pérdida social. La guerra y sus terribles consecuencias (y la guerra era inevitable, porque las fuerzas productivas no cabían en el marco burgués) han descubierto ante la burguesía el amenazador peligro de su hundimiento. Tal hecho ha agudizado hasta lo infinito el instinto de conservación de clase. Cuanto más grande es el peligro más una clase (como cualquier individuo) tiende con todas sus fuerzas a la lucha por instinto de conservación. No olvidemos que la burguesía se encuentra frente a un peligro mortal, después de haber adquirido la mayor experiencia política. La burguesía creó y destruyó toda suerte de regímenes. Se desenvolvía en la época del más puro absolutismo, de la monarquía constitucional, de la monarquía parlamentaria, de la república democrática, de la dictadura bonapartista, del estado ligado a la iglesia católica, del estado ligado a la Reforma, del estado separado de la iglesia, del estado persecutor de la iglesia, etc. Toda esta experiencia, de lo más rica y variada, que penetró en la sangre y en la médula de los medios dirigentes de la burguesía, le sirve hoy para conservar a todo precio su poder. Y se mueve con tanta mayor inteligencia, finura y crueldad cuanto mayores peligros reconocen sus dirigentes.

Si analizamos superficialmente este hecho encontraremos una contradicción: hemos juzgado a la burguesía desde el punto de vista del marxismo; es decir, hemos reconocido, por medio de un análisis científico del proceso histórico, que se había sobrevivido a sí misma, haciendo demostración de una vitalidad colosal. En realidad, aquí no hay contradicción. Esto es lo que en el marxismo se llama dialéctica. El hecho está en los lados distintos del proceso histórico: la economía, la política, el estado, el restablecimiento de la clase obrera no se desenvuelven simultánea ni paralelamente. La clase obrera no progresa en absoluto paralela al crecimiento de las fuerzas de producción, y la burguesía no decae a medida que el proletariado crece y se afianza. No. La marcha de la historia es otra. Las fuerzas de producción se desarrollan por etapas: a veces avanzan mucho, a veces retroceden. La burguesía, a su vez también se desarrolla a saltos; la clase obrera, lo mismo. Desde el momento en que las fuerzas productivas del capitalismo tropiezan contra un muro, no pueden avanzar; vemos a la burguesía reunir en sus manos al ejército, policía, ciencia, escuela, iglesia, parlamento, prensa, etc.; tirar

sobre los renegados y decirle, con el pensamiento, a la clase obrera: “Sí. Mi situación es peligrosa. Veo que a mis pies se abre un abismo. Pero veremos quien cae primero en él. ¡Acaso, antes de morir yo, pueda arrojarte al precipicio, clase obrera!” ¿Qué significa esto? Sencillamente la destrucción de la civilización europea en su conjunto. Si la burguesía, condenada a muerte desde el punto de vista histórico, encuentra en sí misma suficiente fuerza, energía, poder, para vencer a la clase obrera en el terrible combate que se aproxima, esto significa que Europa está en el umbral de una descomposición económica y cultural, como ya ha ocurrido en varios países, naciones y civilizaciones. Dicho de otro modo, la historia nos lleva al momento en que una civilización proletaria se hace indispensable para la salud de Europa y del mundo. La historia nos suministra una premisa fundamental sobre el éxito de esta revolución, en el sentido que nuestra sociedad no puede desarrollar sus fuerzas productivas apoyándose en una base burguesa.

Pero la historia no se encarga de resolver este problema en lugar de la clase obrera, de los políticos de la clase obrera, de los comunistas. No. Ella parece decir a la vanguardia obrera (representémonos por un instante la historia bajo la forma de una persona erguida ante nosotros) y a la clase obrera. “Es preciso que sepas que perecerás bajo las ruinas de la civilización si no derribas a la burguesía. ¡Ensayá, resuelve el problema!” He aquí el presente estado de las cosas.

Vemos en Europa, después de la guerra, cómo ensaya encontrar la clase obrera, casi inconscientemente, una solución al problema que le ofrece la historia. Y la conclusión práctica (a la cual deben llegar todos los elementos pensadores de la clase obrera en el curso de estos tres años después de la guerra) es la siguiente: no es tan fácil abatir a la burguesía, aunque aparezca condenada por la historia.

El período que Europa y el mundo entero atraviesan en este momento, por un lado, es el de la descomposición de las fuerzas productivas de la sociedad burguesa, mientras que, por otra parte, es el del desarrollo más alto de la estrategia contrarrevolucionaria burguesa. Es necesario comprenderlo claramente. Jamás la estrategia contrarrevolucionaria, es decir el arte de la lucha combinada contra el proletariado, tuvo la ayuda de todos los métodos posibles, desde los sermones dulzones de los curas y de los profesores hasta el fusilamiento de los huelguistas por las ametralladoras, alcanzó la altura de hoy.

El ex Secretario de Estado norteamericano, Mr. Lansing cuenta, en su libro sobre la paz de Versalles, que Mr. Lloyd George ignora la geografía, la economía política, etc. Estamos dispuestos a creerlo. Pero lo que verdaderamente es indudable para nosotros es que el propio Mr. Lloyd George tiene llena la cabeza de las viejas costumbres de engañar y violentar a los trabajadores, empezando desde las más finas y astutas hasta las más sangrientas; que ha sabido recoger toda la experiencia que suministra este informe sobre la antigua historia de Inglaterra y que ha desarrollado y perfeccionado sus medios gracias a la experiencia de estos últimos años de turbaciones. Mister Lloyd George es, en su género, un estratega excelente de la burguesía amenazada por la historia. Y estamos, obligados a reconocer, sin disminuir el valor presente ni mucho menos los méritos futuros del partido comunista inglés (¡tan joven aún!), que el proletariado inglés no posee todavía un estratega semejante. En Francia, el presidente de la república, Millerand, que perteneció al partido de la clase obrera, así como el jefe del gobierno Briand, que antaño propagó entre los obreros la idea de la huelga general, han puesto, al servicio de los intereses de la burguesía, a título de jefes contrarrevolucionarios distinguidos, la rica experiencia de la burguesía francesa, la misma que ellos atacaron desde el campo proletario. En Italia, en Alemania, vemos con que esmero atrae a su seno la burguesía (para colocarlos a su cabeza) a los hombres y a los grupos que

acumularon experiencia sobre la lucha de clases sostenida por la burguesía para su desarrollo, para su riqueza, poder y conservación.

Una escuela de estrategia revolucionaria

La tarea de la clase obrera, tanto en Europa como en el mundo entero, consiste en oponer a la estrategia contrarrevolucionaria burguesa, acentuadísima, su propia estrategia revolucionaria, llevándola al último extremo. A este fin, es preciso darse perfecta cuenta de que no se conseguirá nunca abatir a la burguesía automática, mecánicamente, por la única razón que esté sentenciada por la historia. Sobre el áspero campo de la batalla política vemos, a un lado, la burguesía con todo su poder y facilidades, y al otro, la clase obrera con sus fracciones, sus sentimientos, sus niveles de progreso distintos, y con su partido comunista que lucha con otros partidos y organizadores para lograr la influencia sobre las masas trabajadoras. El partido comunista, que cada día crece más, y mejor, se sitúa a la cabeza de la clase obrera europea, debe maniobrar en la lucha avanzando y retrocediendo, reafirmando su influencia y conquistando nuevas posiciones, hasta que se ofrezca el momento favorable para derrotar a la burguesía. Lo repito: este es un complejo problema de estrategia, como ya dije ampliamente en el congreso anterior. Podemos decir que el Tercer Congreso de la Internacional Comunista fue una alta escuela de estrategia revolucionaria.

El Primer Congreso se celebró después de la guerra, apenas nacido el comunismo como movimiento europeo, cuando se esperaba (con fundamento) que un asalto casi elemental de la clase obrera podría derribar a la burguesía, la cual no había tenido tiempo todavía de encontrar una orientación nueva, ni nuevos puntos de apoyo. Tales pensamientos y esperanzas estaban justificados, en gran parte, por el estado de cosas de entonces, objetivamente juzgadas. La burguesía estaba espantada por los resultados de su propia política de guerra. Ya he hablado en mi informe sobre la situación mundial de todo ello, y no creo necesario repetirlo ahora. De todos modos, es indudable que en la época del Primer Congreso (1919) todos esperábamos, los unos más, los otros menos, que un sencillo asalto de las masas trabajadoras y campesinas derribase a la burguesía en un futuro próximo. Y, en efecto, el ataque fue poderoso. El número de las víctimas, grande. Pero la burguesía soportó este primer asalto y gracias a ello, ha podido reafirmarse en su estabilidad de clase.

El Segundo Congreso, en 1920, se verificó en un momento crítico: cuando se notaba que la burguesía no se abatiría por medio de un solo ataque de varias semanas, ni en un mes, ni en dos ni en tres; cuando se necesitaba una preparación política y una organización de las más serias. Y al mismo tiempo, la situación era muy difícil. Como recordarán, el Ejército Rojo se aproximaba a Varsovia y podía contarse con que, vista la situación revolucionaria en Alemania, Italia y alrededores, el impulso militar, que si no podía tener significación por sí mismo constituía una fuerza suplementaria, introducido en la lucha de las fuerzas europeas, soltaría la avalancha de la revolución, momentáneamente contenida. Esto no ocurrió.

Después del Segundo Congreso de la Internacional Comunista apareció más claramente la necesidad de aplicar una estrategia revolucionaria más compleja. Vemos a las masas de trabajadores, que después de la guerra han adquirido experiencia más sólida, enderezarse ellas mismas en esa dirección, y a consecuencia de tal orientación, vemos a los partidos comunistas crecer por todas partes. Durante el primer período millones de obreros se lanzaron en Alemania al asalto de la vieja sociedad sin prestar atención apenas a los grupos espartaquistas. ¿Qué significaba aquello? Después de la

guerra, a las masas obreras les parecía que para obtener reivindicaciones bastaba ejercer presión, atacar para que mucho, si no todo, cambiara. He ahí por qué millones de obreros creían que era inútil gastar energía para fundar y organizar un partido comunista. No obstante, en el curso del año 1920, los partidos comunistas en Alemania y Francia, los dos países más importantes del continente europeo, se han transformado de pequeños núcleos que eran en organizaciones que agrupan a centenares de millares de obreros: casi 400.000 en Alemania y de 120 a 130 mil en Francia, lo que, en las condiciones francesas, constituye una cifra muy elevada. Tal circunstancia nos prueba hasta qué punto habían sentido las masas obreras en este período que era imposible vencer sin tener una organización particular, en el seno de la cual analizase la clase obrera su experiencia y sacara conclusiones; en una palabra, sin la dirección de un partido centralizado. En esto consiste la importancia de los resultados adquiridos en el último período: la fundación de los partidos comunistas de masa, a las que es preciso añadir a Checoslovaquia, que cuenta con 350.000 miembros. (Después de la fusión con la organización comunista de la minoría alemana, el partido checoslovaco contará con 400.000, ¡para una población de doce millones!).

Sería erróneo suponer que estos jóvenes partidos comunistas, apenas fundados tengan ya el arte de la estrategia revolucionaria. No. La experiencia táctica del último año lo demuestra bien claro. Y el Tercer Congreso se encuentra frente a este problema.

Este último congreso, hablando en términos generales, debió pronunciarse sobre dos problemas. El primero consistía, y consiste todavía, en desembarazar a la clase obrera, incluyendo a nuestras propias filas comunistas, de los elementos que no quieren la lucha, que tienen miedo y que ocultan, bajo ciertas teorías generales, su deseo de no combatir y su tendencia íntima al acuerdo con la sociedad burguesa. La depuración del movimiento obrero en su conjunto, y con más razón en los elementos comunistas, la expulsión de las tendencias reformistas, centristas y mediocentristas, tienen doble carácter: cuando se trata de los centristas conscientes, de los colaboracionistas y de los mediocolaboracionistas acabados es necesario echarlos sencillamente de las filas del partido comunista y del movimiento obrero; cuando, sin embargo, tengamos noticia de las tendencias mediocentristas mal definidas, debemos ejercer una influencia rectora e influyente para empujar a los elementos indecisos a la lucha revolucionaria. Así pues, la primera tarea de la Internacional Comunista consiste en desembarazar al partido de la clase obrera de los elementos que no quieren luchar y que, por lo mismo, paralizan la lucha del proletariado.

Pero todavía hay una tarea más importante: aprender el arte de luchar, arte que no cae sobre la clase obrera o sobre el partido comunista como un don de los cielos. No puede aprenderse el arte de la táctica y de la estrategia, el arte de la lucha revolucionaria, más que por la experiencia, por la crítica o la autocrítica. Dijimos en el Tercer Congreso a los jóvenes comunistas: “Camaradas, no queremos solamente una lucha heroica sino, ante todo, la victoria”. Durante los últimos años hemos asistido a numerosos combates heroicos en Europa, en Alemania sobre todo. En Italia vimos una gran lucha revolucionaria, una guerra civil con sus inevitables víctimas. Verdad es que todo combate no conduce a la victoria. Los fracasos son inevitables. Pero no es preciso que tales fracasos sean la consecuencia de las faltas cometidas por el partido. No obstante, hemos visto más de una forma y más de un medio de combate que no llevan a la victoria ni llevarán nunca, y que están dictados a menudo más por la impaciencia revolucionaria que por la idea política. Por tales hechos, que determinaron la lucha de ideas que tuvo lugar en el Tercer Congreso de la Internacional Comunista, debo explicarme, camaradas. Semejante lucha no ha tenido caracteres de rigor ni de “lucha de fracción”. Por el contrario, hemos respirado una atmósfera muy cordial y seria en el

congreso, y nuestra lucha de ideas lo era enteramente de principios, y al mismo tiempo tenía el aspecto de un cambio de opiniones objetivo.

Nuestro congreso fue un gran soviét político y revolucionario de la clase obrera, y en este soviét nosotros, representantes de distintos países, basándonos en la experiencia adquirida por esos países, hemos verificado y confirmado de manera práctica nuestras tesis sobre la necesidad de desembarazar a la clase obrera de los elementos que no quieren luchar y que son incapaces de nada; por otra parte, expusimos en toda su amplitud y agudeza el siguiente problema: la lucha revolucionaria por el poder tiene sus leyes, sus medios, su táctica y su estrategia; quien ignora este arte jamás conocerá la victoria.

Las tendencias centristas en el socialismo italiano

Los problemas de la lucha contra los elementos centristas y mediocentristas aparecen claros en el asunto del Partido Socialista Italiano, puesto a la orden del día. Ya conocen ustedes la historia de tal cuestión. Una lucha interior y una escisión tuvieron lugar en el Partido Socialista Italiano, antes de la guerra imperialista. Así se desembarazó de los peores patrioteros. Además, Italia entró en la guerra nueve meses después que los otros países. Este hecho facilitó al Partido Socialista Italiano su política contra la guerra. El partido no se dejó arrastrar por el patriotismo y conservó la actitud crítica con respecto a la guerra y al gobierno. Gracias a lo cual fue posible que participase en la conferencia antimilitarista de Zimmerwald, aun cuando su internacionalismo tuviese un aspecto amorfo. Más tarde, la vanguardia de la clase obrera italiana empujó a los círculos dirigentes del partido más a la izquierda de lo que eran sus deseos, y el partido se ha encontrado en el seno de la Tercera Internacional con un Turati que busca demostrar con sus discursos y sus escritos que la Tercera Internacional no es más que un arma diplomática en manos del poder de los soviets, el cual, bajo pretexto de internacionalismo, lucha por los intereses “nacionales” del pueblo ruso. ¿No resulta monstruoso oír semejante opinión a un (¡no sé cómo le llamo así!) “camarada” de la Tercera Internacional? Hasta qué punto era anormal la entrada del Partido Socialista Italiano, bajo su vieja forma, en la Internacional Comunista. Si se pregunta cómo y por qué retrocedió en septiembre de 1920. Se llegó a decir que en esa acción el partido “traicionó” a la clase obrera. Si se pregunta cómo y por qué retrocedió el partido y capituló en otoño del año pasado, durante la huelga general y la ocupación de las fábricas, talleres, etc., por los obreros; si se pregunta qué constituía la traición: si el reformismo mal entendido, la irresolución, ligereza política o cualquier cosa, sería difícil hallar contestación. El Partido Socialista Italiano se encontraba después de la guerra bajo la influencia de la Internacional Comunista, como correspondía al gusto de las masas trabajadoras; pero su organización encontraba principalmente su poder en el centro y en la derecha. A fuerza de hacer la propaganda para la dictadura del proletariado, para el poder de los soviets, para el martillo y la hoz, para la Rusia de los soviets, etc., la clase trabajadora italiana, en su conjunto, toma todas esas palabras en serio y emprende el camino de la lucha abiertamente revolucionaria. En septiembre del año pasado se ocuparon talleres, fábricas, minas y grandes propiedades agrarias. Pero precisamente en este momento, en que debe sacar el partido todas las conclusiones políticas y prácticas de su propaganda, tiene miedo de sus responsabilidades, retrocede, deja al descubierto la retaguardia del proletariado, y las masas obreras caen bajo las hordas fascistas. La clase trabajadora pensó y esperó que el partido que le llamó a la lucha consolidaría el desarrollo de su ataque. Y así debió hacerse. La esperanza del proletariado estaba bien fundada: el poder de la burguesía se desmoralizaba y

paralizaba, y no había confianza ni en el ejército ni en la policía. Era, pues, natural (a mi juicio) que la clase obrera pensase que el partido se encontraba en el deber de llevar hasta el fin el combate comenzado. Sin embargo, en el momento más crítico el partido se echó atrás, privando a la clase obrera de sus jefes y de parte de sus fuerzas. Aquí se ve claramente que en la Internacional Comunista no había sitio para semejantes políticos. El Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista ha decidido (después de consumada la escisión que tuvo lugar en el partido italiano) que sólo su ala izquierda comunista representaba una sección de la Internacional Comunista. Por lo mismo, el partido de Serrati, es decir, la fracción dirigente del ex Partido Socialista Italiano, ha sido arrojado de la Internacional Comunista. Desgraciadamente, y ellos se explica por la condiciones particularmente desfavorables, o acaso por errores de nuestra parte; desgraciadamente, repito, el Partido Comunista Italiano ha recibido en sus filas (en el momento de su fundación) menos de 50.000 afiliados, mientras que el partido de Serrati conservaba casi 100.000 miembros, entre los cuales se contaban 14.000 reformistas determinados, formando una fracción organizada (tienen su conferencia en Reggio-Emilia). No es que vayamos a decir que los 100.000 obreros que constituyen el Partido Socialista sean nuestros adversarios. Si hasta ahora no los tenemos en nuestras filas la falta es de nuestra responsabilidad. Prueba la justicia de tal observación que el Partido Socialista Italiano, aunque excluido de la Internacional Comunista, ha enviado a nuestro congreso tres representantes. ¿Qué significa eso? Los dirigentes del partido se han colocado, por su política, fuera de la internacional pero las masas obreras les obligan a llamar a sus puertas.

Los obreros socialistas han demostrado que sus sentimientos eran revolucionarios y que ellos querían estar con nosotros. Pero nos han enviado gente que demuestran, con su conducta, que no han asimilado ni las ideas ni los métodos del comunismo. Los obreros italianos pertenecientes al partido de Serrati también demostraron que eran revolucionarios en su mayoría, aunque no poseían aún clara visión política de las cosas. Vimos en nuestro congreso al viejo Lazzari. Desde el punto de vista personal, es una figura atrayente, un viejo luchador innegablemente honrado, un hombre sin tacha; pero no un comunista. Se halla totalmente bajo la influencia de las ideas democráticas, humanitarias y pacifistas. Nos contó en el congreso: “Ustedes exageran la importancia de un Turati. Exageran, en general la importancia de nuestros reformistas. Nos piden que los excluyamos; pero ¿cómo vamos a hacerlo, si ellos obedecen la disciplina del partido? Si nos dieran el ejemplo de un hecho que pudiera probar su abierta oposición al partido, si hubieran participado en un gobierno a pesar de nuestras resoluciones, si hubieran votado el presupuesto de guerra a pesar nuestro, entonces hubiésemos podido excluirles; pero no ha sido así. Nosotros citamos entonces a Lazzari artículos de Turati dirigidos contra el abecé del socialismo revolucionario. Lazzari nos contestó que aquellos artículos no constituían hechos, que en su partido existía libertad de opinión, etc. Sin embargo, le dijimos: “Permitid. Si para excluir a Turati es preciso que se cumpla un ‘hecho’, es decir, que él acepte, por ejemplo, una cartera de manos de Giolitti, es indudable que Turati, que es un político inteligente, no lo hará jamás, ya que no se trata de un arribista de baja estofa que aspire a una cartera. Turati es un colaboracionista probado, enemigo irreductible de la revolución pero, en su especie, un político hábil. Él quiere, cueste lo que cueste, salvar la ‘civilización’ democrática y burguesa y remontar con este fin la corriente revolucionaria de la clase obrera. Cuando Giolitti le ofrece una cartera, y eso ha debido ocurrir más de una vez, Turati le responde, poco más o menos: “Si acepto la cartera eso constituirá el ‘hecho’ de que habla Lazzari. En cuanto acepte la cartera me cogerá sobre el ‘hecho’ y me echará del partido y una vez que se me haya echado del partido tú no tendrás necesidad de mí,

compadre Giolitti, pues si ahora me necesitas es porque pertenezco a un gran partido obrero. De modo que, tan pronto sea yo excluido del partido, tú me echarás a tu vez del ministerio. He aquí por qué no aceptaré tu cartera nunca, para no proporcionar a Lazzari el ‘hecho’ y ser el verdadero jefe del partido socialista.”

Este ha debido ser, aproximadamente, el razonamiento que se hizo Turati y tiene razón: es más perspicaz que el idealista y pacifista Lazzari. “Ustedes exageran la importancia del grupo Turati (nos decía Lazzari). Es un grupito, lo que en francés se llama una cantidad despreciable”. A lo que contestamos: “¿y sabe usted que en este mismo momento, mientras aquí, en la tribuna de la internacional de Moscú, usted nos pide ser admitido en nuestras filas, Giolitti pregunta a Turati por teléfono: ‘¿Sabes, amigo mío, que está Lazzari en Moscú y que acaso tome allí, con los bolcheviques, algunos acuerdos peligrosos en nombre de tu partido?’ ¿Sabe usted lo que contesta Turati? Pues seguramente esto: ‘No hagas caso, amigo Giolitti; nuestro Lazzari no es más que una cantidad, despreciable’. Y seguramente en esto tiene mucha más razón que Lazzari.

Tal fue nuestro diálogo con los temerosos representantes de una parte considerable de los obreros italianos. A fin de cuentas se ha decidido presentar a los socialistas italianos un ultimátum: convocar en un plazo de tres meses un congreso del partido, excluir de ese congreso a todos los reformistas (que han causado su propia desmembración al reunirse en la Conferencia de Reggio-Emilia) y unirse con los comunistas según la base de las resoluciones del Tercer Congreso. ¿Cuáles serán los resultados prácticos inmediatos de esta decisión? ¿Es tan difícil predecirlos exactamente? ¿Vendrán con nosotros todos los serratianos? Lo dudo. Además, no lo deseamos. Hay hombres entre ellos de los que no tenemos necesidad. El paso dado por nuestro congreso era justo. Su objeto es recobrar a los obreros llevando la escisión a las filas de los jefes que vacilan.

El comunismo italiano. Sus dificultades y tareas

Entre los delegados del Partido Comunista Italiano, así como entre los representantes de las juventudes, se encuentran, sin embargo, las más acerbas críticas de esta decisión. Los comunistas italianos, sobre todo los de izquierda, han reprochado muy particularmente al congreso “haber abierto la puerta” a los serratianos, a los oportunistas y a los centristas. Estas palabras: “Han abierto las puertas de la Internacional Comunista”, han sido repetidas millares de veces. Les hemos explicado: “Camaradas, vosotros tenéis a vuestro lado 50.000 obreros: los serratianos tienen casi 100.000. No se puede estar contento con esos resultados”. Han contrastado las cifras y han afirmado que un gran número de miembros había abandonado ya el partido socialista, lo que sería posible; pero su argumento principal es este: “Toda la masa del partido socialista, y no sólo sus jefes, es reformista y oportunista”. Preguntamos: “¿De qué modo, pues, por qué razón y a título de qué han enviado entonces aquí, a Moscú, a Lazzari, Maffi y Riboldi?”. Los jóvenes comunistas italianos no me han dado una respuesta clara: “Vedlo: es que la clase obrera, en su conjunto, gravita hacia Moscú y hacia allí se inclina el partido oportunista de Serrati”. Ese argumento ha sido traído de los cabellos. Si, verdaderamente, la cosa se presentaba así; si la clase obrera en masa se inclinaba hacia Moscú, la puerta de Moscú le sería abierta: esta puerta es el Partido Comunista Italiano, que pertenece a la Internacional ¿Por qué elige la clase trabajadora italiana una vía tan indirecta hacia Moscú, apoyándose en el partido de Serrati, en lugar de entrar sencillamente en el Partido Comunista de Italia? Es evidentísimo que todas esas denegaciones de los comunistas de izquierda eran erróneas y tenían su fuerte en

una comprensión insuficiente de la tarea fundamental: la necesidad de conquistar a la vanguardia obrera y, ante todo, a los obreros que quedan en las filas del Partido Socialista Italiano, no siendo los peores. El error de las “izquierdas” tiene su origen en la impaciencia revolucionaria tan acentuada, que impide ver las tareas previas, las más importantes, y que tanto perjudica a los intereses de la causa. Ciertos comunistas “de izquierda” creen que para su tarea directa, consistente en derribar la burguesía, es inútil pararse en el camino, entrar en conversaciones con los serratianos, abrir la puerta a los obreros que siguen a Serrati, etc. Y es esta, sin embargo, nuestra tarea principal, ¡y no es tan sencilla como pudiera creerse! También necesitamos conversaciones, tanto o más que luchas, exhortaciones y nuevos acuerdos, y, acaso, nuevas escisiones. Algunos camaradas impacientes quisieran volver sencillamente la espalda a esos menesteres, Y, en consecuencia, a los mismos obreros socialistas. Los que quieran pertenecer a la Tercera Internacional (se dicen) que se adhieran directamente a nuestro partido comunista. Esa es, aparentemente, la solución más fácil del problema; pero, en realidad, equivale a plantear la cuestión en los términos más esenciales: ¿cómo, por qué métodos, atraer a los obreros socialistas al partido comunista? Cerrando automáticamente la puerta de la internacional no obtendremos respuesta. Los obreros italianos saben muy bien que el partido socialista perteneció también a la Internacional Comunista. Los jefes del Partido Socialista Italiano pronunciaron discursos revolucionarios llamando a la lucha, han reclamado el poder de los soviets y llevado a los obreros a la huelga del mes de septiembre y a la ocupación de los talleres y fábricas. En seguida han capitulado sin aceptar la batalla mientras luchaban los obreros. La vanguardia del proletariado italiano en situación de digerir este hecho en su conciencia. Los obreros ven a la minoría comunista separarse del partido socialista y dirigirse a ellos con los mismos, o casi los mismos, discursos con que el partido de Serrati se les dirigía ayer. Los obreros dirán para sí: “Hay que esperar, ver lo que significa; hay que estudiar la cosa...”. En otros términos, piden, acaso, con poca conciencia, pero con verdadero afán, que el nuevo partido, el comunista, se dé a conocer activamente, que prueben sus jefes que están hechos de otra pasta y que están ligados indefectiblemente a las masas en sus luchas, por duras que sean las consecuencias de esas luchas. Es preciso conquistar con los actos y con las palabras, con las palabras y los actos, la confianza de las decenas de millares de obreros socialistas que aún se encuentran en el cruce de los caminos, pero que quisieran estar en nuestras filas. Si volvemos tranquilamente la espalda, movidos por el deseo de derrocar inmediatamente a la burguesía, causaremos un gran perjuicio a la revolución, y, sin embargo, es precisamente en Italia donde las condiciones son muy favorables para una revolución victoriosa del proletariado en el porvenir más próximo.

Imaginemos por un momento, sólo a título de ejemplo, que los comunistas italianos, admitámoslo, hayan llamado en mayo de este año a la clase obrera de Italia a una nueva huelga general y a una insurrección. Si se dijeron: “El partido socialista que dejamos sucumbió en septiembre, y nosotros, los comunistas debemos ahora, cueste lo que cueste, tomar esta tarea y conducir en seguida a la clase obrera a una batalla decisiva”. Juzgándolo superficialmente, pudiera creerse que ese fuera el deber de los comunistas; pero, en realidad, no es así. La estrategia revolucionaria elemental nos dice que tal llamamiento, en las actuales condiciones, sería una locura y un crimen, pues la clase obrera, que en el mes de septiembre fue cruelmente fogueada por seguir a los dirigentes del partido socialista no hubiese creído que pudiera repetirse con éxito la operación en mayo, bajo la dirección del partido comunista, que aún no conocía suficientemente. La falta fundamental del partido socialista consiste en que ha llamado a la revolución sin sacar las conclusiones necesarias, es decir, sin realmente prepararse para la revolución, si explicar a la clase obrera las cuestiones para la toma del poder sin

limpiar sus filas de los que no quieren el poder, sin elegir ni educar a sus militantes, sin crear los núcleos de asalto capaces de manejar armas y blandirlas en el momento preciso... En una palabra, el partido socialista llamaba a la revolución, pero sin prepararse para ella. Si los comunistas italianos hubieran lanzado ahora un simple llamamiento a la rebelión, hubieran repetido el error de los socialistas y, además, en condiciones incomparablemente más difíciles. La tarea de nuestro partido hermano en Italia es preparar la revolución, es decir: conquistar ante todo la mayoría de la clase obrera y organizar como sea a su vanguardia. Aquel que hubiera librado la partida impaciente de los comunistas italianos hacia atrás y hubiera dicho: “Antes de llamar a la insurrección tratad de conquistar a los obreros socialistas, purificad los sindicatos, poned en puestos responsables a los comunistas en lugar de a los oportunistas; conquistad a las masas”, el que así hubiese hablado, aunque pareciera dejar atrás a los comunistas, lo que en realidad hubiera hecho es indicar la ruta que lleva a la victoria de la revolución.

Los temores y sospechas de los extremistas de izquierda

Todo lo que acabamos de decir, camaradas, es elemental desde el punto de vista de la experiencia revolucionaria. Sin embargo, ciertos elementos “de izquierda” de nuestro congreso han creído ver en semejante táctica una inclinación a la “derecha”, y algunos jóvenes camaradas revolucionarios, sin experiencia, pero llenos de energía y prestos a la lucha y a los sacrificios, han sentido que sus cabellos se les erizaban al oír los primeros discursos críticos y prudentes pronunciados por los camaradas rusos. Algunos de esos jóvenes revolucionarios, según dicen, habían besado la tierra de los soviets cuando atravesaron la frontera. Y aunque nosotros trabajamos todavía demasiado mal nuestra tierra para que sea digna de tales besos, comprendemos, sin embargo, el entusiasmo revolucionario de nuestros jóvenes amigos extranjeros. Parece vergonzoso tal retraso y no haber realizado aún la revolución. Con estos sentimientos entran ellos en las salas del Palacio Nicolás. ¿Qué ven allí? Los comunistas rusos suben a la altura y no solamente no exigen el llamamiento inmediato a la insurrección sino que, por el contrario, los ponen en guardia contra las aventuras e insisten para que se atraiga a los obreros socialistas, que se conquiste a la mayoría de los trabajadores y que, cuidadosamente, ¡se prepare la revolución!

Ciertos extremistas de izquierda han convenido en que el negocio no se presentaba muy claro. Elementos semihostiles, tales como los delegados de la organización llamada “Partido Obrero Comunista de Alemania” (este grupo forma parte de la internacional con voz consultiva), razonan de la siguiente manera: “El poder soviético no esperó a que estallara la revolución en Europa para establecer su política. Ha perdido así, por medio de su Comisariado del Comercio Exterior, un gran comercio mundial. Y el comercio es un negocio serio, que requiere relaciones serenas y pacíficas. Se sabe desde hace tiempo que los tumultos revolucionarios perjudican al comercio. Por esta razón, colocándonos en el punto de vista del comisariado del camarada Krasin, estamos interesados, como veis, en retardar la revolución cuanto sea posible” (Risas). Camaradas, yo siento infinitamente que vuestra unánime risa no pueda ser transmitida por radio a varios camaradas de la extrema izquierda de Alemania e Italia. La hipótesis de nuestra oposición a los tumultos revolucionarios, oposición que tiene su fuente en nuestro Comisariado del Comercio Exterior, es tanto más curiosa cuanto que en marzo de este año, al desarrollarse en Alemania los trágicos combates de que hablaré más tarde, combates que los diarios burgueses y socialdemócratas alemanes, y tras ellos la prensa mundial, gritaron que la insurrección de marzo fue provocada por una orden de

Moscú, que el poder soviético, que vivía en esta época jornadas difíciles (rebeliones de campesinos Cronstad, etc.), había lanzado, para su propia salvación, la orden de organizar las insurrecciones independientemente de la situación particular de cada país. ¡Qué difícil es imaginar una tontería tan grande! No obstante, los camaradas delegados de Roma, de París, de Berlín apenas han tenido tiempo de llegar a Moscú cuando una nueva teoría se ha forjado en el otro extremo, el de la izquierda: la teoría según la cual, no solamente “no damos órdenes” para organizar las insurrecciones inmediata e independientemente de las circunstancias exteriores, sino que, por el contrario, interesados en el magnífico desarrollo de nuestro comercio, sólo nos preocupamos de una cosa, de retrasar la revolución. ¿Cuál de las dos tonterías, contrarias la una a la otra, es la más tonta? Es difícil juzgarlo. Si somos culpables de las faltas cometidas en marzo (suponiendo que pueda hablarse de culpabilidad), también lo es en este sentido la internacional en su conjunto y, por consiguiente, también nuestro partido, porque todavía no ha educado suficientemente a las masas en cuanto concierne a la táctica revolucionaria haciendo así imposible los actos y los métodos erróneos. Pero sería ingenuo soñar que jamás se cometan errores.

Los acontecimientos de marzo en Alemania

La cuestión de los acontecimientos de marzo ha ocupado, en cierto sentido, un sitio preferente en nuestros debates del congreso, y esto no es casual: de todos los partidos comunistas, el de Alemania es uno de los más poderosos y de los preparados desde el punto de vista teórico, y en cuanto a su capacidad revolucionaria, a mi parecer, Alemania está en primer lugar. Respecto a la situación interior, siendo Alemania un país vencido, es uno de los más propicios a la revolución. Es, pues, natural que los métodos de lucha del Partido Comunista Alemán adquieran importancia internacional. Sobre el suelo alemán los más importantes acontecimientos de la lucha revolucionaria se desarrollaron ante nuestros ojos desde 1918, y es por esto por lo que podemos estudiar con el ejemplo vivo sus ventajas y sus inconvenientes.

¿Y en qué consistieron los acontecimientos de marzo? Los proletarios de la Alemania del centro, obreros de la región industrial y minera, representaban hasta hace poco, incluso durante la guerra, una de las fracciones más retrasadas de la clase obrera. Seguían, en su mayoría, no a los socialdemócratas, sino a las pandillas patrióticas, burguesas y clericales; eran fieles al emperador, etc. Las condiciones de su vida y de su trabajo eran excepcionalmente pesadas. Ocupaban, en relación con los obreros de Berlín, el mismo sitio que entre nosotros los distritos retrasados de los Urales en relación con los obreros de Petrogrado. Durante una época revolucionaria, ocurre más de una vez que una parte, la más oprimida y retrasada de la clase obrera, despierta por primera vez al estruendo de los acontecimientos y aporta a la lucha la energía más grande y está presta a combatir sin condiciones y, a menudo, sin contar con las circunstancias ni con las posibilidades de vencer; es decir con las exigencias de la estrategia revolucionaria. Así, mientras los obreros de Berlín y Sajonia, por ejemplo, después de la experiencia de los años 1919-1920, se han vuelto más circunspectos, lo que une sus ventajas e inconvenientes, los obreros centroalemanes en cambio continúan manifestándose enérgicamente, realizando huelgas y tumultos, sacando a los capataces de los talleres en carretillas, organizando reuniones durante las horas de trabajo, etc. Es evidente que tal género de acción es incompatible con las tareas sagradas de la República de Ebert. Nada tan asombroso como que esta república conservadora y policíaca, en la persona de su agente de policía, el socialdemócrata Hoersing, haya

decidido una cierta “depuración”, es decir, echar los elementos más revolucionarios, detener a ciertos comunistas, etc.

El Comité Central del Partido Comunista Alemán pensó, precisamente en esta época (mediados de marzo), que era preciso hacer una política revolucionaria más activa. El partido alemán, según recordaréis, había sido creado un poco antes por la unión de las antiguas agrupaciones espartaquistas y de la mayoría de los independientes, y, por lo mismo, ha tenido que resolver prácticamente el problema de la acción de masas. La idea de que había que realizar una política más activa era perfectamente justa. Pero, ¿cómo habría que llevarla a la práctica? Al mismo tiempo que se publicaba la orden del policía socialdemócrata Hoersing, pidiendo a los obreros lo que en vano y más de una vez les había pedido el Gobierno Kerenski: no organizar reuniones en las horas del trabajo, considerar la propiedad de las fábricas como sagrada, etc.; el comité central del partido comunista lanzó un llamamiento a la huelga general para sostener a los obreros del centro de Alemania. Una huelga general no es cosa que la clase obrera emprende a la ligera, a la primera indicación del partido, sobre todo cuando ha sufrido anteriormente una serie de derrotas y tanto más en un país donde hay, junto al partido comunista otros dos partidos socialdemócratas, y donde la organización sindical está en contra nuestra. Sin embargo, si nos fijamos en el órgano central del partido comunista, la *Rote Fahne*, durante todo este período, día tras día, nos daremos cuenta de que el llamamiento a la huelga general no ha estado bien preparado. En Alemania se ha efectuado más de una sangría cuando la revolución, y la resistencia a la ofensiva policíaca contra el centro de esta nación no pudo abarcar a toda la clase obrera. Una seria acción de masas hubiera debido estar precedida evidentemente de una agitación enérgica y generalizada, con consignas definidas hacia el mismo fin; tal agitación hubiese podido llevar llamamientos definitivos para la acción sólo en el caso en que se hubiera podido averiguar hasta qué grado estaban preparadas y dispuestas las masas para avanzar por el camino de la revolución. Tal es el principio elemental de toda estrategia revolucionaria, y es precisamente ese el principio que no se ha tomado en cuenta durante los acontecimientos de marzo. Los batallones de policía no tenían aún tiempo de alcanzar las fábricas y minas de Alemania central si en ellas se hubiese desencadenado una huelga general. Ya dije que los obreros del centro de Alemania estaban dispuestos a una lucha inmediata, y que la indicación del comité fue seguida. Pero las cosas no pasaron lo mismo en el resto del país. La situación de Alemania, tanto interior como exterior, no favorecía el paso brusco a la acción. Las masas, sencillamente no comprendieron el llamamiento.

Sin embargo, ciertos teóricos muy influyentes del Partido Comunista de Alemania, en lugar de reconocer que el llamamiento era un error, han emitido, para explicarlo, la teoría, según la cual debíamos, durante la época revolucionaria, hacer exclusivamente una política ofensiva, esto es, de ataque revolucionario. De esa manera se presenta a las masas la acción de marzo como una ofensiva. Ensayad, apreciad la situación en su conjunto. En realidad, el primer asalto fue dado por el policía socialdemócrata Hoersing. Hay que aprovechar para reunir a todos los obreros para la defensa, resistencia; el contraataque más restringido. Si son propicias las condiciones, si encuentra eco favorable la propaganda, puede pasarse a una huelga general. Si los acontecimientos se desarrollan de más en más, si las masas se sublevan, si la unión entre los trabajadores se reafirma y crece su moral, mientras que en el campo de los adversarios la falta de decisión y el desorden aparecen, entonces puede ordenarse pasar a la ofensiva. Por el contrario, si la decisión no es favorable, si las condiciones y la moral de las masas no se prestan a obedecer, hay que tocar retirada, replegarse en lo posible ordenadamente hacia las posiciones anteriores, obteniendo así la ventaja de no

haber sondeado la masa obrera, reforzado su unión anterior y, lo que es más importante, de haber aumentado la autoridad del partido, que se habrá revelado como un jefe juicioso en todas las situaciones.

Pero ¿qué hace el centro dirigente del partido alemán? Parece aprovechar la primera ocasión y, antes que ella sea comprendida por los obreros, el comité central llama a la huelga general. Aún antes de que el partido haya acertado a sublevar a los obreros de Berlín, Dresde, Múnich, para sostener a los del centro de Alemania (lo que hubiera podido lograrse en el espacio de unos días, si hubiesen sido conducidas con energía las masas después de un plan bien concebido y sin saltarse los acontecimientos), antes que el partido haya cumplido ese trabajo, se proclama como una ofensiva nuestra acción. Ello significa malbaratar el asunto y paralizar el avance del movimiento. Es evidente que, en este período de lucha la iniciativa del movimiento estaba en las manos del enemigo. Era preciso explotar el elemento moral de la defensa y llamar al proletariado del país entero en socorro de los obreros del centro de Alemania. Las formas de este socorro podían al principio ser variadas antes de que el partido pudiera lanzar directivas más amplias. La tarea de la agitación consistía en sublevar las masas, concentrar su atención sobre los acontecimientos de Alemania central, romper políticamente la resistencia de la burocracia obrera y asegurar, de este modo, el carácter general de la huelga, como base posible para el desarrollo ulterior de la lucha revolucionaria. Y, ¿qué tenemos, en cambio? Una minoría revolucionaria y activa del proletariado se ha opuesto en la acción a la mayoría, antes que esta mayoría pudiera enterarse del sentido de los acontecimientos. El partido resolvió por ella, ante la pasividad e irresolución de la clase obrera. Los elementos impacientes ensayaron, aquí y allá, no por medio de propaganda sino por procedimientos mecánicos, echar a la calle a la mayor parte de los obreros. Verdad que si la mayoría de los obreros se pronuncian, a favor de la huelga, pueden forzar a la minoría y cerrar fábricas para llevar a cabo la huelga general. Más de una vez ha ocurrido así, y así será siempre, y sólo los imbéciles pueden protestar por tales procedimientos. Pero la aplastante mayoría de la clase obrera no se da cuenta exacta del movimiento o no simpatiza con él; o no cree en su eficacia; la minoría, al revés, se decide a avanzar y ensayar, por procedimientos mecánicos, a incitar a los obreros a la huelga. Esta minoría impaciente, representada por el partido, puede decidirse a actuar frente a la hostilidad de la clase obrera y romperse así la cabeza⁵.

La estrategia de la contrarrevolución alemana y los aventureros de izquierda

Estudiaremos desde este punto de vista toda la historia de la revolución alemana. En noviembre de 1918, la monarquía se ha derrumbado y el problema de la revolución proletaria está a la orden del día. En enero de 1919, se desarrollan los sangrientos combates revolucionarios de la vanguardia proletaria contra el régimen de la democracia burguesa, los cuales se reproducen en marzo de 1919. La burguesía se orienta rápidamente y elabora su plan estratégico: combate al proletariado en cuanto lo divide. Los mejores jefes de la clase obrera: Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht, son asesinados. En marzo de 1920, después de la tentativa del golpe de estado contrarrevolucionario de Kapp, quebrado por una huelga general, estalla una insurrección parcial: la lucha armada de los obreros de la cuenca del Ruhr. El

⁵ El ex presidente del Comité Central del Partido Comunista Alemán, Paul Levi, criticó la táctica del partido durante los acontecimientos de marzo. Pero dio a su crítica un carácter absolutamente inadmisiblemente y desorganizador; así que, en lugar de rendir servicio a la causa, la perjudicó. Una lucha en el seno del partido trajo la exclusión de Levi y la confirmación de esta exclusión por el congreso de la Internacional

movimiento concluye en un nuevo fracaso, causando innumerables víctimas. En fin, en marzo de 1921 aún tenemos una guerra civil parcial y una nueva derrota.

Cuando en enero y marzo de 1919 parte de los obreros alemanes se habían rebelado habían perdido a sus mejores jefes, dijimos: “Son las jornadas de julio del Partido Comunista al Alemán. Recordad las jornadas de julio en Petrogrado de 1917. Petrogrado se adelantó al país, se arrojó solo a la batalla, la provincia no le sostenía lo bastante, y aún se contó en el ejército de Kerenski con regimientos retrasados para ahogar el movimiento. Pero en el mismo Petrogrado, la mayoría del proletariado ya era nuestra. Las jornadas de julio fueron un preámbulo de las de octubre. Es cierto que en julio cometimos algunos errores; pero no los hemos erigido en sistema. Hemos considerado los combates de enero y marzo de 1919 como un “julio” alemán. Aunque este “julio” en Alemania no ha sido seguido de un “octubre”, sino de un marzo de 1920 o sea de una nueva derrota, sin hablar de los fracasos parciales y del asesinato sistemático de los mejores jefes locales de la clase obrera alemana. Cuando vimos el movimiento de marzo 1920 (digo yo) y en seguida el de marzo 1921, no pudimos menos que decir: No; hay demasiadas jornadas de julio en Alemania: queremos un “octubre”.

Sí, hay que preparar un “octubre” alemán, una victoria de la clase obrera alemana y he aquí que los problemas de la estrategia revolucionaria se nos ofrecen en toda su amplitud. Es perfectamente claro y evidente que la burguesía alemana, o su pandilla dirigente, lleva su estrategia contrarrevolucionaria hasta lo último: provoca a ciertas fracciones en la clase obrera, las induce a la acción, las aísla en regiones especiales, vigila las armas que lleva en sus manos y se apunta a sus cabezas: la de los mejores representantes de la clase obrera. En la calle o en un calabozo de castigo, en combate abierto o bajo la ley de fugas, por decreto de una corte marcial o por mano de banda ilegal, perecen individuos, decenas, centenas, millares de comunistas, que personifican la más alta experiencia proletaria; es esta una estrategia severamente calculada, fríamente realizada y que se apoya en la experiencia de la clase dominante.

Y en estas condiciones, cuando la clase obrera alemana en su conjunto siente instintivamente que no podrá dar cuenta de semejante enemigo con las manos desarmadas, que no basta el entusiasmo, sino que se necesita del cálculo frío, de la clara visión de las cosas, de una preparación seria, y cuando todo lo espera de un partido, se le grita: nuestro deber es no aplicar más que una estrategia ofensiva, o sea atacar en todo momento, pues, como ven hemos entrado en un período revolucionario. Es como si un comandante de ejército dijera: “Puesto que hemos empezado la guerra, nuestra obligación es atacar siempre y por todas partes”. Tal jefe sería infaliblemente vencido, aunque dispusiera de fuerzas realmente superiores. Peor aún, existen teóricos, tales como el comunista alemán Maslow, que llegan a decir, a propósito de los acontecimientos de marzo, las siguientes enormidades: “Nuestros adversarios [dice Maslow] nos reprochan por lo de marzo lo que consideramos como un mérito nuestro. A saber: que el partido, entrando en la lucha, no haya abordado la cuestión de si sería seguido o no por la clase obrera”. Esta cita es casi literal. Desde el punto de vista de los revolucionarios subjetivos o de los socialistas revolucionarios de izquierda, es perfecto. ¡Pero, desde el punto de vista marxista, es sencillamente monstruoso!

Las tendencias aventureras y... la Cuarta Internacional

Nuestro deber revolucionario nos obliga a reemprender la ofensiva contra los alemanes, declararon los socialistas revolucionarios de izquierda en julio de 1918. ¿Seremos vencidos? ¡Qué importa! Nuestro deber es marchar adelante. ¿No quieren las

masas obreras? Bien; se puede arrojar una bomba contra Mirbach para obligar a los obreros rusos a continuar la lucha en la que deben perecer infaliblemente. Tales razonamientos están muy extendidos en la agrupación llamada Partido Comunista Obrero de Alemania (KAPD). Es ese un pequeño grupo de socialistas revolucionarios proletarios de izquierda. Nuestros socialistas revolucionarios de izquierda reclutan, o han reclutado, principalmente sus partidarios entre intelectuales y campesinos; tal es su característica social, pero sus métodos políticos son los mismos: se trata de un revolucionarismo histérico, puesto a cada momento a aplicar medidas y métodos extremos sin contar con las masas ni con la situación general; es la impaciencia, en lugar del cálculo; una embriaguez debida a la fraseología revolucionaria; todo eso es lo que ha caracterizado tan plenamente al Partido Comunista Obrero de Alemania. En el congreso, uno de los oradores, que hablaba en nombre de ese partido, se expresó así: “¿Qué quieren ustedes? La clase obrera alemana está imbuida (dijo *versewcht*, “apestada”) de una ideología de filisteos, de burgueses y burguesillos, ¿qué quieren que se haga? No podrán sacarla a la calle sino recurriendo a un sabotaje económico.” Y, cuando se le preguntó qué significaban sus palabras, explicó: “En cuanto empiezan a vivir un poco mejor los obreros, ya no quieren revolución. Pero si turbamos el mecanismo de la producción, si atacamos las fábricas, talleres, vías férreas, etc., la situación de la clase obrera empeora y, por lo tanto, se hace más apta para la revolución.” No olviden que esto lo ha dicho un representante del partido “obrero”. ¡Es de un escepticismo absoluto! Se deduce que si aplicamos el mismo razonamiento al campo, los campesinos más conscientes de Alemania deben incendiar sus aldeas, lanzar el gallo rojo a través del país entero, para revolucionar así a los habitantes del campo. No se puede por menos que recordar aquí que, durante el primer período del movimiento revolucionario en Rusia, hacia 1860, cuando los revolucionarios intelectuales eran aún incapaces de toda acción, encerrados como estaban en sus pequeños cenáculos, obstinándose en la pasividad de las masas obreras, entonces ciertos grupos (como los partidarios de Netacháiev) llegaron a pensar que el fuego y los incendios constituían un verdadero elemento revolucionario de la evolución política rusa. Es evidente que semejante sabotaje, dirigido, por su misma esencia, contra la mayoría de la clase obrera, constituye un medio antirrevolucionario que crea un conflicto entre la clase obrera y un partido “obrero” cuyo número de miembros resulta difícil precisar; no suele pasar de tres o cuatro decenas de millares casi siempre, mientras que el Partido Comunista Unificado cuenta, como ustedes saben, con cerca de 400.000 afiliados.

El congreso ha puesto en su orden del día el asunto del KAPD en toda su agudeza, pidiendo a esa organización que convoque, en el plazo de tres meses, un congreso y que se una al Partido Comunista Unificado, o bien que se coloque definitivamente fuera de la Internacional Comunista⁶. Puede creerse que el KAPD, tal como está representado por sus jefes actuales aventureros y anarquistas, no se someterá a la decisión de la IC y, encontrándose fuera de ella, ensayará, probablemente con otros elementos “extremistas de izquierda”, formar una Cuarta Internacional. Nuestra camarada Kolontai ha soplado un poco en la misma trompeta en el curso de nuestro congreso. Para nadie es un secreto que nuestro partido constituye, en el presente, la palanca de la IC. Sin embargo, la camarada Kolontai ha presentado el estado de cosas en nuestro partido de tal manera que podría parecer que las masas obreras, con la camarada Kolontai a la cabeza, se verán obligadas, un mes antes o después, a hacer la “tercera revolución”, a fin de establecer un “verdadero” régimen de los soviets. Pero,

⁶ Ver *Resolución sobre la acción de marzo y sobre el Partido Comunista Unificado de Alemania*, en [Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista Volumen 2](#), EIS. NdE.

¿por qué una tercera revolución, y no una cuarta, cuando la tercera revolución hecha en nombre del “verdadero” régimen soviético ha tenido ya lugar en febrero, en Cronstad? Todavía hay extremistas de izquierda en Holanda, quizá también en otros países. Ignoro si se han tomado en consideración. Siempre que no sea muy nutrido su número, pues éste sería un peligro que amenazaría a la IV Internacional, si por casualidad se fundara. Verdaderamente, éste sería el peligro de perder hasta un grupito de buenos militantes obreros que se encuentra, sin duda, en su seno. Pero si debe realizarse tal escisión de los sectarios, tendremos muy pronto, no sólo la Internacional Segunda y media, a nuestra derecha, sino la número cuatro a nuestra izquierda, en la cual el subjetivismo, la histeria, el espíritu de aventura y la fraseología revolucionaria, estarán muy bien representadas. También dispondremos de un espantajo de “izquierda”, del cual nos serviremos para enseñar estrategia a la clase obrera. Cada cosa, como veis, tiene dos caras: una positiva y otra negativa.

Los errores de las izquierdas y la experiencia rusa

Sin embargo, dentro mismo del Partido Comunista Unificado, existían tendencias antimarxistas que salen a luz de manera asombrosa en marzo y después de marzo. Ya he citado el sorprendente artículo de Maslow. Pero Maslow no estaba solo. Se publica en Viena una revista *Kommunismus* (órgano de la Internacional Comunista, en lengua alemana). En la colección de junio de esta revista, encontramos un artículo que estudia la situación en la internacional, y en el que, en síntesis, leemos esto: “El rasgo principal del actual período revolucionario es que debemos, en los combates parciales, hasta puramente económicos, tales como las huelgas, luchar con las armas en la mano” ¡He aquí, camaradas, una estrategia a la inversa! Mientras que la burguesía nos provoca para combates parciales y sangrientos, algunos de nuestros estrategas quieren hacer una regla de este género de batalla. ¿No resulta monstruoso? En Europa, la situación objetiva es profundamente revolucionaria. Lo nota la clase obrera. Y durante todo este período de postguerra, se lanza, ante todo, a luchar contra la burguesía. En ninguna parte, salvo en Rusia, obtiene la victoria. Entonces comienza a comprender que tenía ante sí una tarea difícil, y se dedica a forjar un arma para la victoria: el partido comunista; éste, sobre este camino, anduvo en Europa, en el curso del año último, pasos de siete leguas. Ahora tenemos verdaderos partidos comunistas de masas en Alemania, en Francia, en Checoslovaquia, en Yugoslavia, en Bulgaria. ¡Una verdadera erupción! ¿Y en qué consiste nuestra tarea más próxima? Consiste en que los partidos conquisten en el más breve plazo a la mayoría de los obreros industriales y a gran parte de los obreros agrícolas y hasta a los campesinos pobres, como nosotros los conquistamos antes de octubre; además, sin esa conquista no hubiéramos obtenido nuestra victoria de octubre. Sin embargo, ciertos falsos estrategas dicen que, siendo la época de ahora revolucionaria, nuestro deber es encarar la lucha en cada momento, incluso la lucha parcial, usando de métodos de revolución armada. ¡Pero la burguesía no desea más que esto! En el momento en que el partido comunista se desarrolla con rapidez extraordinaria y extiende cada vez más sus alas por encima de toda la clase obrera, la burguesía provoca a la parte más impaciente y combativa de los obreros a una lucha prematura, sin el apoyo de la gran masa obrera, a fin de batir al proletariado, dividiéndolo, y de minar así su fe en su capacidad de victoria sobre la burguesía. En estas condiciones, la teoría de la ofensiva continua y de las luchas parciales, dirigidas con el método de la insurrección armada, es agua para el molino de la contrarrevolución. Por esto, en el III Congreso, el Partido Ruso, sostenido por los elementos más conscientes, dijo con voz firme a los camaradas del ala izquierda: “Son

ustedes excelentes revolucionarios, van a combatir y morir por el comunismo; pero esto no nos basta. No basta luchar. Hay que vencer”. Y para ello hay que aprender el arte de la estrategia revolucionaria.

Pienso, camaradas, que la marcha verdadera de la revolución proletaria en Rusia y, hasta cierto punto, en Hungría, es una de las causas más serias del desdén hacia las dificultades de la lucha revolucionaria y la victoria en Europa. Hemos tenido entre nosotros, en Rusia, una burguesía históricamente retrasada, políticamente débil, sujeta al capital europeo y con débiles raíces políticas en el pueblo ruso. Por otra parte, hemos tenido un partido revolucionario, con un largo pasado de trabajo clandestino, educado y templado en los combates, que ha sabido aprovecharse conscientemente de toda la experiencia de la lucha revolucionaria europea y universal. El estado de los campesinos rusos, en relación con la burguesía y el proletariado, el carácter y el estado de espíritu del ejército ruso después de la derrota militar del zarismo, todo ha contribuido a hacer inevitable la Revolución de Octubre, facilitando enormemente la victoria revolucionaria (aunque ésta no nos haya librado de las dificultades ulteriores, sino que, por el contrario, las haya preparado en proporciones gigantescas). Vista la relativa facilidad de la Revolución de Octubre, la victoria del proletariado ruso no aparece, ante los dirigentes de los obreros europeos, en su auténtico valor como problema político y estratégico y no ha sido bien comprendida.

El siguiente ensayo para apoderarse del poder fue hecho por el proletariado en menor escala, más cerca de la Europa occidental, en Hungría; allí, las condiciones eran de tal naturaleza, que el poder cayó en manos comunistas casi sin lucha revolucionaria. Por lo cual los problemas de la estrategia revolucionaria en el momento de la lucha por el poder han sido reducidos, naturalmente, al mínimo.

Después de la experiencia de Rusia y Hungría, no sólo las masas obreras, sino también los partidos comunistas de otros países, comprendieron, ante todo, que la victoria del proletariado era inevitable, y han pasado en seguida al estudio directo de las dificultades que se desprenden de la victoria de la clase obrera. En lo que concierne a la estrategia de la lucha revolucionaria para el poder, parece muy sencilla y, por decirlo así, evidente. No es por pura casualidad que ciertos eminentes camaradas húngaros, apreciados por la internacional, demuestran tendencias a una simplificación excesiva de los problemas de la táctica proletaria en época revolucionaria, reemplazando esta táctica por un llamamiento a la ofensiva.

El Tercer Congreso dijo a los comunistas de todos los países: la marcha de la revolución rusa es un ejemplo histórico muy importante, pero no una regla política, y aún más: sólo un tarado puede negar la necesidad de una ofensiva revolucionaria; pero sólo un simple de espíritu puede reducir a la ofensiva toda la estrategia revolucionaria.

Motivos de la fuerza y debilidad del Partido Comunista Francés

Nuestros debates sobre la política del Partido Comunista Francés han sido menos tormentosos que los que sostuvimos con respecto a la política alemana, al menos en el congreso mismo; pero en las sesiones del comité ejecutivo tuvo lugar en cierta ocasión una discusión muy violenta, durante el estudio de los problemas del movimiento obrero francés. El Partido Comunista Francés fue creado sin sacudidas internas y externas, como las que han acompañado a la fundación del partido alemán. Por esta razón, sin duda, las tendencias centristas y los viejos métodos del socialismo parlamentario están tan arraigados en el partido francés. El proletariado francés no ha llevado ninguna lucha revolucionaria reciente, que hubiera podido reanimar sus viejas tradiciones rebeldes. La burguesía francesa ha salido victoriosa de la guerra, lo cual le ha permitido hasta hace

poco, a expensas de Alemania (a quien saqueaba), hacer de vez en cuando algunas concesiones a las fracciones privilegiadas de la clase obrera. En consecuencia, apenas se produjo lucha revolucionaria de clases en Francia. Antes de arrojarse a una batalla decisiva, el Partido Comunista Francés tiene la posibilidad de estudiar y utilizar la experiencia revolucionaria de Rusia y Alemania. Basta recordar que la guerra civil llegó al paroxismo en Alemania cuando los comunistas estaban representados por un puñado de espartaquistas; mientras que en Francia cuando aún no había ocurrido (antes de la guerra) ninguna batalla francamente revolucionaria, el partido comunista ya había reunido en sus filas a ciento veinte mil obreros. Si incluimos en la cuenta de Francia a los sindicalistas revolucionarios que no “reconocían” al partido, sosteniendo sin embargo la lucha por la dictadura del proletariado; si recordamos que la organización del partido jamás fue en Francia tan fuerte como en Alemania, veremos claro que esos ciento veinte mil comunistas organizados valen para Francia acaso más que cuatrocientos mil para Alemania. Esto nos parece tanto más verdadero, puesto que vemos en Alemania, a la derecha de los cuatrocientos mil citados, los partidos independientes y socialdemócratas que cuentan juntos muchos más miembros y partidarios que los comunistas, mientras que en Francia no existe a la derecha de los comunistas más que un reducido grupo de disidentes, partidarios de Longuet y de Renaudel. En el movimiento sindical francés, el detalle numérico de las fuerzas es, en general, más favorable al ala izquierda, sin duda. Por el contrario, el informe de las potencia de las clases en Alemania es, ciertamente, desfavorable a una rebelión victoriosa. En otros términos: la burguesía se apoya todavía en Francia sobre su propia organización: sobre el ejército, policía, etcétera... En Alemania se basa principalmente en la socialdemocracia y la burocracia sindical. El Partido Comunista Francés dispone de la posibilidad de tomar en sus manos totalmente la dirección del movimiento obrero antes que lleguen los acontecimientos decisivos.

Pero es necesario para este fin que el comunismo francés se desembarace definitivamente de los hábitos políticos y de fluctuaciones, mucho más extendidas en Francia que en ningún otro sitio. El partido francés tiene necesidad de una actitud más enérgica frente a los acontecimientos, de una propaganda más enérgica e intransigente en tono y carácter; de una actitud más severa hacia todas las manifestaciones de la ideología democrática y parlamentaria, del individualismo intelectual, del arribismo de los abogados. Criticando la política del partido francés en el seno del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, se dijo que el partido había cometido tales y cuales errores, que los diputados comunistas, a veces, “hablaban” demasiado en el parlamento con sus adversarios burgueses, en lugar de dirigirse a las masas por encima de sus cabezas; que la prensa del partido debía utilizar un lenguaje más claro, más rudo, desde el punto de vista revolucionario, a fin que los obreros franceses más oprimidos y abatidos, oyesen un eco de sus sufrimientos, de sus reivindicaciones y de sus esperanzas⁷. Durante estos debates, un joven camarada francés subió a la tribuna y, en un apasionado discurso, aprobado por parte de la asamblea, criticó la política del partido desde otro punto de vista. “Cuando el gobierno francés [dijo este representante de las juventudes] tuvo la intención de arrebatar a los alemanes la cuenca del Ruhr, a principios de este año, y movilizó la clase decimonovena, el partido no aconsejó a los movilizados la resistencia, y aprobó su debilidad”. “¿Qué clase de resistencia?, preguntamos nosotros. El partido no indicó a la clase decimonovena que dejara de someterse a la orden de movilización. ¿Qué entiende usted por insumisión?, seguimos preguntando. “No someterse, ¿quiere decir no presentarse voluntariamente en el cuartel

⁷ Al respecto se pueden ver en esta serie de EIS: [Carta a los camaradas Cachin y Frossard](#), [Carta a Lucie Leiciague sobre l'Humanité](#), [Carta del Ejecutivo del CD al PCF](#).

y esperar a que venga a buscarnos un gendarme o un policía, u ofrecer resistencia activa, armas en ristre, contra el policía y el gendarme?” Este joven camarada que causó en nosotros tan grata impresión, gritó enseguida: “Ciertamente. Es preciso ir hasta el fin resistir con las armas en la mano...” Entonces comprendimos hasta qué punto son confusas y oscuras las ideas sobre la lucha revolucionaria de algunos camaradas. Nos pusimos a discutir con nuestro joven contradictor: ustedes tienen ahora en Francia, bajo la bandera tricolor del ejército imperialista, varias clases. Vuestro gobierno, encuentra necesario llamar todavía una vez más la de los jóvenes de diecinueve años. Esta leva cuenta en el país con doscientos mil hombres casi, de los cuales admitamos que son tres mil o cinco mil comunistas. Los cuales están dispersos, ya en el campo, ya en los pueblos. Admitamos, por un momento, que el partido les aconseja resistir, armados. Ignoro cuántos agentes de la burguesía caerían muertos con este motivo; por el contrario, no es difícil que todos los comunistas de la clase revolucionaria fueran extraídos de la masa de los reclutas y aniquilados. ¿Por qué no llama usted a las otras clases que se encuentran ya bajo las banderas, para organizar la rebelión, y que, estando reunidas en las filas del ejército, poseen ya los fusiles? Porque usted comprende, sin duda, que el ejército no disparará sobre los contrarrevolucionarios y que la clase obrera, en su mayoría, no estará dispuesta a luchar por el poder hasta mucho después que haya estallado la revolución proletaria. ¿Cómo puede usted pedir que se haga la revolución no por la clase obrera en su conjunto sino, solamente, por la clase decimonovena? Si el partido comunista hubiese ordenado semejante cosa, ello equivaldría a hacerles un gran regalo a Millerand, a Briand, a Barthou a todos esos candidatos al papel estranguladores de la insurrección proletaria. Pues resulta evidente que, si la parte más ardiente de la juventud es aniquilada, la más retrasada de la clase obrera se asustaría, el partido quedaría aislado y su influencia quebrada, no por meses, sino por años. Con estos procedimientos, aplicando con excesiva impaciencia las formas más agudas de la revolución, bajo condiciones todavía no maduras para un encuentro decisivo, sólo pueden esperarse resultados negativos y más que un parto, un aborto revolucionario.

La tentativa de huelga general en mayo de 1920 presenta el clásico ejemplo de una imitación de la acción de conjunto, imitación que no estuvo bien pensada. Como se sabe, la idea de esa huelga estaba “sostenida” de manera traidora por los sindicalistas reformistas. Su objetivo era no dejar escapar de sus manos el movimiento para retorcerle el cuello a la primera ocasión. Han acertado plenamente. Pero, tratándose de acuerdos, esos hombres no han sido fieles a su propia naturaleza. Tampoco se podía esperar otra cosa. Sin embargo, al otro lado, los sindicalistas revolucionarios y los comunistas no prepararon en vano el movimiento. La iniciativa partió del sindicato de los ferroviarios, donde se agrupaban por primera vez elementos de izquierda. Monmousseau a su cabeza. Antes de haber tenido la oportunidad de reforzarse un poco y asegurarse las posiciones necesarias, antes de orientarse, como era preciso, en su situación, se ven obligados a invitar a las masas a una acción definitiva, con palabras imprecisas y confusas, “sostenidas” traidoramente por las derechas. Bajo todos los aspectos, éste fue un ataque no preparado. Los resultados son conocidos: una minoría poco importante, sola, entró en movimiento, los colaboracionistas impidieron el desarrollo de la huelga, la contrarrevolución explotó la flaqueza evidente de las izquierdas y afirmó extraordinariamente su propia situación.

En la acción, semejante improvisación es inadmisibles. Hay que apreciar con mucha más seriedad la situación, hay que preparar el movimiento con obstinación, con energía, con espíritu de continuidad bajo todos los aspectos, a fin de llevarlo, firme y decididamente, hasta el fin. Para este fin es preciso disponer de un partido comunista, fiel guardián de la experiencia proletaria en todos los terrenos de la lucha. Verdad es

que la sola presencia del partido no nos pone todavía al abrigo de los errores, pero la ausencia de esta vanguardia dirigente, hace inevitables los errores, transformando toda lucha en una serie de improvisaciones, de aventuras y de experiencias de tipo empírico.

El comunismo y el sindicalismo en Francia

Las relaciones del partido comunista con la clase obrera en Francia son, como dije, más favorables que en Alemania. Pero la influencia política del partido sobre la clase obrera, aumentada gracias a un golpe hacia la izquierda, no alcanza aún en Francia forma precisa, sobre todo en lo que se refiere a organización. Esto se nota perfectamente en lo que atañe a la cuestión sindical.

Los sindicatos representan en Francia, en medida más limitada que en Alemania y países anglosajones, una organización que abarca millones de obreros. En Francia, el número de los obreros sindicados también ha aumentado enormemente en el transcurso de los últimos años.

Las relaciones entre el partido y la clase obrera encuentran su expresión en la actitud del partido hacia los sindicatos. Ya esta simple manera de enfocar el asunto, nos demuestra hasta qué extremo es injusta, antirrevolucionaria y peligrosa, la teoría de la susodicha neutralidad, de la plena “independencia” de los sindicatos respecto al partido, etc. Si los sindicatos, por su tendencia, son una organización de la clase obrera en su conjunto, ¿cómo va a mantener una verdadera neutralidad en relación con el partido o mantenerse “independiente”? Pero es que esto equivaldría a la neutralidad, es decir, a su completa indiferencia hacia la revolución. Y, por lo tanto, en lo que concierne al problema fundamental, el movimiento obrero francés adolece de falta de claridad, y la misma claridad falta dentro del mismo partido.

La teoría de la división del trabajo, absoluta, entre el partido y los sindicatos, y de su independencia mutua, es, bajo su forma definitiva, el producto de la evolución política francesa por excelencia. El oportunismo más puro yace en el fondo de esta teoría. En el largo tiempo en que una aristocracia obrera organizada en los sindicatos concreta contratos colectivos, y en que el partido socialista defiende las reformas en el parlamento, son más imposibles aún una división del trabajo y una neutralidad mutua. Pero tan pronto como la verdadera masa proletaria entra en la lucha y el movimiento comienza a tomar carácter auténticamente revolucionario, el principio de neutralidad degenera en una escolástica reaccionaria. La clase obrera no puede vencer más que si tiene a su cabeza una organización que represente su historia, experiencia viva, generalizada desde el punto de vista de la teoría, y que dirige prácticamente toda la lucha. Gracias a la significación misma de su tarea histórica, el partido no puede encerrarse en sus filas más que a la minoría más consciente y activa de la clase obrera; por el contrario, los sindicatos buscan organizar la clase obrera en su totalidad. Aquel que admita que el proletariado necesita una dirección política de su vanguardia organizada en partido comunista, admite, por la misma razón, que el partido debe convertirse en fuerza directiva en el interior de los sindicatos; esto es, en el seno de las organizaciones de masas de la clase obrera. Y, sin embargo, existen en el partido francés algunos camaradas que ignoran esta verdad tan elemental y que, como Verdier, por ejemplo, luchan intransigentemente para prevenir a los sindicatos contra cualquier influencia del partido. Es evidente que tales camaradas han entrado en el partido por equivocación: un comunista que niega los problemas y deberes del partido comunista en relación con los sindicatos, no es comunista.

No es decir que esto signifique la subordinación de los sindicatos al partido, ya exteriormente, ya desde el punto de vista de la organización. Desde este punto de vista,

los sindicatos son independientes. El partido goza, en el seno de los sindicatos, de la influencia que ha conquistado con su trabajo, con su actitud espiritual, con su autoridad. Por eso mismo afirmamos que debe aumentar en lo posible su influencia desde el exterior de los sindicatos, estudiar todas las cuestiones inherentes al movimiento sindical y dar respuestas claras haciendo prevalecer su punto de vista por medio de los comunistas que trabajan en los sindicatos, sin menoscabo de su autonomía respecto a la organización.

No ignoráis que la tendencia conocida bajo el nombre de sindicalismo revolucionario ejercía una considerable influencia en los sindicatos. El sindicalismo revolucionario, no reconociendo al partido, en el fondo no era más que un partido antiparlamentario de la clase obrera. La fracción sindicalista llevaba adelante siempre una lucha enérgica para mantener su influencia sobre los sindicatos, y jamás reconoció la neutralidad o independencia de los últimos en lo que, atañe a la teoría y práctica de la fracción sindicalista. Si hacemos abstracción de los errores teóricos y de las tendencias extremistas del sindicalismo francés, es indudable que esta esencia no ha encontrado su pleno desarrollo en el comunismo.

El núcleo del sindicalismo revolucionario en Francia fue constituido por hombres agrupados en torno de *Vie Ouvrière*. Mantiene íntima relación con aquel grupo durante la guerra. Monatte y Rosmer constituían el centro; a su derecha se hallaban Merrheim y Dumoulin. Los dos últimos pronto renegaron. Rosmer pasó, a consecuencia de una evolución natural, del sindicalismo revolucionario al comunismo. Monatte mantiene, hasta hoy una posición indefinida, y después del Tercer Congreso de la Internacional Comunista y el de los sindicatos rojos, ha dado un paso que me inspira vivas inquietudes. Con Monmousseau, secretario del sindicato de los ferroviarios, Monatte ha publicado una protesta contra la resolución de la Internacional Comunista, sobre el movimiento sindical, y ha rehusado adherirse a la Internacional Sindical Roja. Hay que decir que el texto de la protesta de Monatte y Monmousseau ofrece el mejor argumento contra su postura indefinida: Monatte declara en él que deja la Internacional Sindical de Ámsterdam a causa de su estrecha unión con la Segunda Internacional. Es muy justo. Pero el hecho de que la aplastante mayoría de los sindicatos se haya unido a la II o la III Internacional, nos demuestra perfectamente que no existe, que no puede existir sindicato neutro y apolítico, en general, y, sobre todo, en época revolucionaria. El que abandona Ámsterdam y no se adhiere a Moscú, se arriesga a crear una Internacional Sindical Segunda y Media.

Espero firmemente que esta incompreensión desaparecerá, y que Monatte ocupará el puesto al que le lleva todo su pasado: en el Partido Comunista Francés y en la Internacional de Moscú.

Es muy comprensible y justa la actitud prudente y suavizadora que mantiene el Partido Comunista Francés respecto a los sindicalistas revolucionarios, buscando aproximarse a ellos. La que no comprendemos es la indulgencia con que tolera el partido una oposición a la política de la Internacional Comunista, por parte de sus propios miembros, como Verdier. Monatte representa la tradición del sindicalismo revolucionario; Verdier, la confusión.

Sin embargo, más arriba que estas cuestiones de grupos y personalismos, se sitúa el problema de la influencia dirigente del partido sobre los sindicatos. Sin prestar la menor atención a su autonomía, determinada enteramente por la necesidad de un trabajo práctico constante, el partido debe acabar con las discusiones y vacilaciones, y demostrar a la clase obrera francesa que ella posee, al fin, un partido revolucionario que sabe dirigir la lucha de clases en todos los terrenos. Baja este propósito, las resoluciones del Tercer Congreso, cualesquiera que sean los tumultos, y conflictos temporales que

puedan provocar en meses próximos, tendrán inmensa influencia, fecunda hasta el mayor grado sobre toda la marcha ulterior del movimiento obrero francés. Solamente sobre la base de estas resoluciones se establecerán las relaciones entre el partido y la clase obrera, sin las cuales ninguna revolución del proletariado alcanzaría la victoria.

Sin tendencias de derecha, una sólida preparación para la conquista del poder

No hablaré de los partidos comunistas de otros países: el objeto de mi informe no era caracterizar a todas las organizaciones pertenecientes a la Internacional Comunista. Solamente he querido, camaradas, exponer las líneas fundamentales de su política, tales como han sido desarrolladas y definidas por nuestro último congreso. Por esto, he estudiado a los partidos que más contribuyeron a establecer la línea táctica de la Internacional Comunista para el porvenir inmediato.

Es innecesario decir que el congreso no se ha propuesto “interrumpir”, como creyeron infundadamente algunos camaradas de izquierda, la lucha contra los centristas y mediocentristas. Toda la lucha de la Internacional Comunista contra el régimen capitalista se opone a los obstáculos reformistas y colaboracionistas. Es preciso que nos sintamos seguros, ante todo. Además, es imposible combatir a las internacionales segundas y segundas y medias sin haber limpiado nuestras propias filas comunistas de las tendencias y del espíritu centrista. Esto es indudable.⁸

Pero este combate contra la derecha, que forma parte de nuestra lucha fundamental con la sociedad burguesa, podemos sostenerlo con éxito sólo a condición de vencer en el plazo más breve posible; los errores de izquierda provienen de la falta de experiencia y de la impaciencia, que a veces adoptan el carácter de serias y peligrosas aventuras. El Tercer Congreso cumplió en tal sentido un verdadero trabajo educativo, que le ha transformado (como dije) en escuela superior, en academia de estrategia revolucionaria.

Martov, Otto Bauer y otros estrategas de salón de la burguesía, a propósito de nuestras resoluciones, hablan de la descomposición del comunismo, del fracaso de la Tercera Internacional, etc. Esos discursos sólo merecen el desprecio. Jamás fue el comunismo un programa dogmático establecido según las fechas del calendario. El comunismo constituye un ejército proletario activo, creciente, que maniobra y que,

⁸ Después he visto, en los artículos del camarada Kurt Geyer con motivo del Tercer Congreso (artículos que me llegaron cuando mi libro estaba ya en imprenta), que este representante de la oposición se desliza hacia el centrismo, sin darse cuenta. Parte del punto de vista de que el Tercer Congreso ha establecido una perspectiva histórica, haciendo así más independiente nuestra táctica de nuestra confianza en la revolución. Geyer saca la conclusión que las divergencias de táctica entre el Internacional Comunista y los centristas... disminuyen. ¡Tal concepción es monstruosa! La Tercera internacional es una organización de combate que camina hacia su fin revolucionario a través de todos los cambios de condiciones. La Internacional Segunda y Media no quiere revolución; se apoya sobre una selección apropiada de jefes y subjefes, de grupos y tendencias, ideas y métodos.

En el mismo momento en el que Kurt Geyer contrasta una suavización de la discordia entre los comunistas y los independientes, estos, con mayor fundamento, contrastan otra entre ellos y los socialdemócratas. Si se quisieran sacar todas las conclusiones necesarias, esto nos daría el programa de un restablecimiento de la vieja socialdemocracia tal cual era antes de agosto de 1914, con todas sus consecuencias. Si rechazamos toda adaptación dogmática de la revolución en las condiciones que puedan presentarse en el transcurso de las semanas y meses próximos (lo cual conduce, prácticamente, a las tendencias putschistas), nos mantenemos fieles en nuestra lucha contra putschismo, a nuestra tarea fundamental: formar un partido comunista revolucionario, activo, irreductible, que se oponga a todas las agrupaciones proletarias reformistas y centristas. Kurt Geyer coloca dogmáticamente la revolución en un futuro indefinido, y hace cábalas en el sentido de un acercamiento a los centristas. ¿Puede dudarse que esta ‘perspectiva’ lleva a Geyer y a los que compartan sus ideas muchos menos lejos de lo que ellos creen?

mientras trabaja, observa las condiciones variables de la batalla, comprueba sus armas, las afila de nuevo cuando se oxidan y somete toda su acción a la necesidad de preparar la derrota del régimen burgués.

Lo que hemos estudiado tan atenta, intensa y concretamente sobre los problemas de táctica en el Tercer Congreso, constituye por sí mismo un gran paso hacia adelante: prueba que la Tercera Internacional ha salido del período de formación en cuanto a ideas y organización, y se ha situado como organismo vivo y dirigente de las masas frente a los problemas de la acción revolucionaria directa.

Si alguno de nuestros camaradas más jóvenes e inexpertos de los aquí presentes ha sacado de mi informe una conclusión pesimista en el sentido que la situación de la Internacional Comunista no es favorable y que es difícil vencer a la burguesía por culpa de los conceptos y métodos erróneos que todavía laten entre los partidos comunistas, sacará una conclusión falsa. Durante un período de bruscos cambios en la política mundial, durante un período de sacudidas universales profundas, en una palabra, durante el período revolucionario en que vivimos, la educación de los partidos revolucionarios se hace con extraordinaria rapidez, sobre todo, a condición que ellos intercambien mutuamente sus experiencias, se controlen mutuamente y se sometan a una dirección central común de la cual es expresión nuestra internacional. No olvidemos que los partidos comunistas más poderosos de Europa cuentan con unos meses de existencia. En nuestra época, un mes vale un año, y, a veces, hasta dos lustros.

Aunque yo haya pertenecido, en este congreso, al ala llamada “derecha” y haya participado en la crítica a la izquierda llamada revolucionaria, que como he demostrado es muy peligrosa para el desarrollo real de la revolución proletaria, salgo de este congreso mucho más optimista de lo que entré. Las impresiones que he sacado del cambio de noticias con los delegados de los partidos hermanos de Europa y del mundo entero pueden resumirse: en el curso del año pasado, la Internacional Comunista ha dado un gran paso hacia adelante, tanto en las ideas como en la organización.

El congreso no ha dado ni puede dar la pauta de una ofensiva general. Ha definido la tarea de los partidos comunistas, como tarea de preparación de la ofensiva y, ante todo, como una tarea de conquista espiritual de la mayoría de los trabajadores de la ciudad y del campo. Lo cual no quiere decir que se haya “diferido” la revolución en una serie de largos años; de ningún modo, nosotros precipitamos la revolución y nos aseguramos su victoria mediante una preparación cuidada, profunda y completa.

Verdad es que no se puede reducir al mismo denominador la política revolucionaria de la clase obrera y la acción militar del Ejército Rojo; ya lo sabemos y es particularmente “arriesgado” para mí hacer una comparación en este sentido, visto el peligro casi tradicional para mí de ser sospechoso como “militarista”. Los Cunow alemanes y los Martov rusos tienen decidido desde hace tiempo que yo tiendo a remplazar la política y la economía de la clase obrera por un “orden” transmitido al poder de una “organización” militar; no obstante, después de haber tomado mis precauciones, gracias a este pequeño prefacio, arriesgo una comparación militar que no me parece inútil para aclarar también la política revolucionaria del proletariado y la acción del Ejército Rojo.

Cuando, en uno de nuestros innumerables frentes, nos vimos forzados a preparar operaciones decisivas, enviamos allí regimientos frescos comunistas movilizados por el partido, municiones, etc. Sin suficientes medios materiales no podía entablarse una lucha resuelta con Rolchak, Denikin, Wrangel u otros.

Pero he aquí que las condiciones materiales para una acción decisiva se realizan más o menos. Llegados al frente, sabemos que el alto mando tiene decidido emprender un ataque general, admitamos que el 5 de mayo, en tres días. En la reunión del soviet

militar revolucionario del frente, en su estado mayor, en su departamento político, nos ponemos a estudiar las condiciones de los combates decisivos que se preparan. Vemos que tenemos cierta superioridad en cuanto al número de bayonetas, sables, cañones, y que, por el contrario, el adversario dispone de una aviación superior a la nuestra, aunque, en general, las ventajas materiales están de nuestra parte. Los soldados están más o menos bien calzados y vestidos, nuestras líneas de comunicación están seguras. Así, el asunto se presenta favorable. “Y, ¿cómo hacer la propaganda antes del ataque? ¿En cuánto tiempo la han hecho? ¿En qué forma y con qué exigencias? ¿Cuántos comunistas han enviado a los destacamentos para dirigir la propaganda? Enseñadnos vuestras proclamas, tratados, los artículos de vuestros diarios del frente, vuestros carteles y vuestras caricaturas. Cada soldado de vuestro ejército, de vuestro frente, ¿sabe quién es Wrangel con, con quién está unido, quién se encuentra tras de él, de dónde toma él su artillería y sus aviones?” Recibimos respuestas insuficientes. Verdad que se hacía propaganda; se dieron a los soldados explicaciones referentes a Wrangel. Pero algunos de los regimientos no llegaron hasta la antevíspera o víspera desde el centro o de los demás frentes, y no se poseía aún ningún dato sobre su moral y su espíritu político. “¿Cómo habéis distribuido esos millares de comunistas, movilizadas por el partido entre las divisiones y las regimientos? ¿Han contado ustedes con su carácter y con la composición de cada destacamento particular, enviando allí elementos comunistas? ¿Han hecho el trabajo preliminar necesario con los mismos comunistas? ¿Habéis explicado a cada grupo de qué destacamento formará parte, cuáles son las particularidades de esos destacamentos y cuáles son las condiciones especiales del trabajo político? En fin, ¿estáis seguros de la presencia, en cada compañía, de un núcleo comunista dispuesto a combatir hasta el final, y apto para conducir a los otros?”

Comprobamos que ese trabajo había sido cumplido sólo superficialmente, sin prestar atención a las condiciones concretas y a las particularidades de la propaganda política en el ejército en general y en cada regimiento en particular. La propaganda ha carecido del carácter concentrado e intenso que correspondía a la inmediata preparación combativa. Aquello se notaba en las proclamas y en los artículos periodísticos. En total, ¿se había comprobado el personal de los comisariados y del alto mando? Pasados los combates, varios comisarios han resultado muertos y remplazados por los hombres que más a mano se tenían. ¿Están completos los comisarios? ¿Dónde están los jefes? ¿Gozan de suficiente confianza? ¿Hay cerca de los jefes poco conocidos comisarios enérgicos que dispongan de suficiente autoridad? ¿No hay entre los jefes antiguos oficiales zaristas, hombres cuyas familias se encuentren en el territorio ocupado por Wrangel, o en el extranjero? Es muy natural que tales jefes hagan esfuerzos para ser tomados prisioneros, lo cual sería funesto para el resultado de algunas operaciones. ¿Los han renovado, reforzado? ¿No? ¡Atrás! El ataque fracasará. Desde el punto de vista material, el momento es propicio, nuestras fuerzas son superiores, nuestro adversario no ha terminado su concentración. Todo es indudable. Pero ocurre que la preparación moral no tiene menos importancia que la material. Y, sin embargo, esta preparación moral se ha hecho negligente y superficialmente. En tales condiciones, más vale abandonar al enemigo una parte del territorio, retroceder veinte o treinta kilómetros, ganar tiempo, dejar el ataque para dos o tres semanas después y elevar hasta el fin la campaña de preparación política y organizadora. Entonces el éxito será seguro.

Aquellos de ustedes, camaradas, que han trabajado en el ejército, y son numerosos, deben saber que este ejemplo no es imaginación mía. Hemos efectuado más de una vez retiradas estratégicas, únicamente porque el ejército no estaba bien preparado para el combate definitivo, desde el punto de vista moral y político. No obstante, el ejército es una organización de violencia, está obligado a combatir. Una

represión militar muy dura amenaza a los recalcitrantes. Ningún ejército puede existir de otra manera. Pero en un ejército revolucionario la principal fuerza motriz es su conciencia política, su entusiasmo revolucionario, la comprensión de parte de la mayoría del ejército del problema militar que espera y de la voluntad de resolverlo.

¡Cuánto importa esto a las luchas decisivas de la clase obrera! No hay derecho a forzar a nadie a hacer una revolución. No existen instrumentos de represión. El éxito no se basa más que sobre la voluntad de la mayor parte de los trabajadores, en intervenir directa o indirectamente en la lucha para ayudarlo a vencer⁹. El Tercer Congreso parecía indicar que la Internacional Comunista, representada por sus jefes, iba a partir hacia el frente del movimiento obrero mundial y entablar combates decididos para la conquista del poder. El congreso ha pedido: “¡Camaradas comunistas, alemanes, italianos, franceses y demás! ¿Han conquistado la mayoría de la clase obrera? ¿Han logrado que cada obrero comprenda las razones de la lucha? ¿Les han explicado con palabras sencillas, claras y terminantes, cuanto era preciso explicar a las masas obreras, incluso a las más retrasadas? ¿Qué han emprendido para adquirir el convencimiento de que os han comprendido? ¿Quieren enseñarnos sus periódicos, grabados, proclamas?

“No camaradas esto no basta aún. Todavía no se oye, el lenguaje que atestigüe vuestra unión con los millones de trabajadores. ¿Qué han emprendido para distribuir ordenadamente las fuerzas comunistas en los sindicatos? ¿Disponen de núcleos seguros en todas las organizaciones importantes de la clase obrera? ¿Qué han hecho para comprobar el estado del Alto Mando en los sindicatos; para librar a las organizaciones obreras de dudosos y, de lo que es aún más importante, de los traidores? ¿Han organizado un servicio de información en el interior mismo del campo enemigo? No, camaradas; su preparación es insuficiente y, bajo ciertos aspectos, no han abordado como debían los problemas de la preparación.”

¿Significa eso que hayamos de retrasar mucho tiempo la lucha definitiva? ¡De ningún modo! La preparación para una ofensiva militar puede hacerse en el espacio de quince o veinte días, hasta en menos. Divisiones dislocadas, espíritus vacilantes, jefes y comisarios dudosos, pueden ser transformados, en el espacio de diez o quince días, gracias a un trabajo de intensa preparación, en un poderoso ejército unido por la unión de la conciencia y de la voluntad. Es incomparablemente más difícil unir a millones de proletarios para una batalla definitiva. Pero toda nuestra época facilita enormemente este trabajo, a condición que no vacilemos ni a derecha ni a izquierda. Parece tonto querer adivinar si necesitamos para el trabajo preparatorio unos meses solamente, un año o dos años. Eso depende de numerosas circunstancias. Es indudable que, en la situación actual, una de las condiciones más importantes para acercar la hora de la revolución y alcanzar el triunfo es nuestro trabajo de preparación. ¡Vayan a las masas! (ha dicho la Internacional Comunista a sus partidos). ¡Penétrenlas amplia y profundamente! ¡Establezcan entre ellas y ustedes una alianza indestructible! ¡Envíen comunistas a todas las masas obreras, a los puestos más responsables y peligrosos! ¡Que conquisten la confianza de las masas! ¡Que las masas, unidas a ellos, arrojen de sus filas a los jefes oportunistas, vacilantes y arribistas! ¡Aprovechen cada minuto para preparar la revolución! La época nos ayuda. No teman que se les escape la revolución. Organícense reafírmense, y entonces aproximaran la hora del ataque decisivo, verdadero, y entonces el partido les dirá, no solamente “¡Adelante!” sino que llevará la ofensiva hasta la victoria.

⁹ Un gracioso me ‘contradijo’ en el congreso diciendo que no se podía mandar a la clase obrera como a un ejército. Es igual. Yo he tratado de demostrar que no se podía mandar al Ejército rojo de la manera que ciertos políticos han querido mandar sobre la clase obrera.

Otras series en

Edicions internacionals Sedov



- *Años 30-40: Materiales de la construcción de la IV Internacional
- *Documentos históricos recuperados por el Grupo Germinal
- *La lucha política contra el revisionismo lambertista
- *Lenin: dos textos inéditos
- *León Sedov: escritos
- *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista
- *Obres escollides de Lenin en català
- *Obres escollides de Rosa Luxemburg en català
- *Rosa Luxemburg en castellano
- *Trotsky inédito en Internet y castellano
- *Años 30: Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda Comunista Española y de la Sección B-L de España

Series en



- *Alarma. Boletín de Fomento Obrero Revolucionario. Primera Serie (1958-1962) y números de Segunda y Tercera Serie (1962-1986)
 - *Amigo del Pueblo, selección de artículos del portavoz de Los Amigos de Durruti
 - *Armand, Inessa
 - *Balance, cuadernos de historia del movimiento obrero internacional y de la guerra de España
 - *Balius, Jaime (Los Amigos de Durruti)
 - *Bleibtreu, Marcel
 - *Broué, Pierre. Bibliografía en red
 - *Comunas de París y Lyon
 - *Ediciones Espartaco Internacional
 - *Frecia, Cintia y Gaido, Daniel
 - *Guillamón, Agustín. Selección de obras, textos y artículos.
 - *Heijenoort, J. Van
 - *Just, Stéphane. Bibliografía en red (en francés)
 - *Just, Stéphane. Escritos
 - *Kautsky, Karl
 - *Munis, G. Obras Completas y otros textos
 - *Parvus (Alejandro Helphand)
 - *Rakovsky, Khristian (Rako)
 - *Rühle, Otto
 - *Textos de apoyo
- *Varela, Raquel, et al. *El control obrero en la Revolución Portuguesa 1974-75*

Visita nuestra página web: www.grupgerminal.org
Para contactar con nosotros: germinal_1917@yahoo.es